

POLITICA Y ESPIRITU

N°
141

SUMARIO

LAS FUERZAS ARMADAS.

POLITICA NACIONAL: Los hechos. ¿Qué está consiguiendo la Cut? Inflación y previsión. Preguntas sobre el cobre.

LA VERDAD TIENE SU HORA, por *Eduardo Frei M.*

EL DIALOGO CATOLICO CON EL EXISTENCIALISMO Y LA ETICA, por *José Luis L. Aranguen.*

A LA LUZ DE LOS INCENDIOS, por *Gustavo J. Franceschi.*

ESTE MUNDO DE HOY: Tomás Mann. La última comedia. Otro Congreso falseado. Informaciones sobre el caso holiyiano. Pacifismo e ideología.

LOS LIBROS: La verdad tiene su hora, por *Eduardo Frei.* Alberto Blest Gana, por *Raúl Silva Castro.* Album bíblico, por *Luis Ramírez Silva, S. J.*

DOCUMENTOS: Discurso pronunciado por el diputado don Rafael Agustín Gumucio en la Cámara de Diputados el 27 de Julio último.

LOS CRISTIANOS FRENTE A LAS ACTUALES INTERVENCIONES SOCIALES Y POLITICAS DE LA IGLESIA: Alocución pascual del obispo de Anger, *Mons. Chappoulie.*

AÑO
XI

4015

EDICIONES DEL PACIFICO

LA HISTORIA Y LA POLITICA

- La batalla de Maipú, por el General Francisco Javier Díaz (2ª Ed.) \$ 200
- Voces de la política, el púlpito y la calle, por Ricardo Boizard (2ª Edición) \$ 150
- Una experiencia social cristiana, por Alejandro Silva Bascuñán \$ 200
- La Fronda Aristocrática, por Alberto Edwards (4ª Ed.) \$ 350
- Geografía Electoral de Chile, por Ricardo Cruz-Coke \$ 200
- Nuestros Vecinos Justicialistas, por Alejandro Magnat (8ª Edición) \$ 350
- Edición Popular (9ª) \$ 150
- La Gran Estafa, por Eudocio Ravines (3ª Edición) \$ 250
- De Lenin a Malenkov, por Julián Corkin \$ 350
- La Organización Política de Chile, por Alberto Edwards \$ 300
- Lo que supo un Auditor de Guerra, por Leonidas Bravo (2ª Edición) \$ 400
- Corresponsal en Washington, por Jean Davidson \$ 400
- Guerra del Pacífico, por Gonzalo Bulnes, vol. I. \$ 1.000

CUESTIONES ECONOMICAS Y SOCIALES

- Seguridad Social Chilena, por Francisco A. Pinto \$ 200
- La Inflación (Naturaleza y problemas), por Aníbal Pinto, Jaime Barrios, Felipe Herrera, Sergio Molina, Max Nollf, Pedro Irañeta, Edo. Frei \$ 250
- Cuaderno de Comprensión Social y Cuaderno de la Realidad Nacional, por Carlos Vial (2 Vols.) \$ 350
- Hacia Nuestra Independencia Económica, por Aníbal Pinto \$ 250
- Antecedentes sobre el desarrollo de la economía chilena, 1925-1952, por Comisión Económica para América Latina (CEPAL) \$ 330

EL PENSAMIENTO ACTUAL

- La Política y el Espíritu, por Eduardo Frei (2ª Edición) \$ 250
- A Través del Marxismo, por Julio Silva \$ 200
- Introducción a la filosofía social, por Carlos Hamilton \$ 350

- Los Católicos, La Política y el Dinero, por Pierre Henri Simon \$ 150
- Sentido y Forma de una Política, por Eduardo Frei \$ 200
- La verdad tiene su hora por Eduardo Frei Montalva
- Edición especial \$ 320
- Edición corriente \$ 150

VIDAS

- Páginas de un diario, por Lily Iñiguez Matte \$ 400
- Stalin, por Alejandro Vicuña \$ 400
- El Padre Hurtado, por Alejandro Magnat (2ª Edición) \$ 460
- Haya de la Torre y el APRA, por Luis Alberto Sánchez \$ 500

NOVELA — CUENTO ENSAYO

- Los Santos van al Infierno, por Gilbert Cesbron (5ª Ed.) \$ 350
- Papelucho, por Marcela Paz (3ª Edic.) \$ 220
- Caramelos de Luz, por Marcela Paz \$ 220
- Indonesia, por Tibor Mende \$ 400
- La Antártica Chilena, por Oscar Pinochet de la Barra (3ª Edición) \$ 360
- Chilean Sovereignty in Antarctica, por Oscar Pinochet de la Barra (en inglés) \$ 200
- Comunismo y Religión, por R. Dufay, Doret, R. Rouquette, F. Cavalli \$ 280
- El problema comunista, por Jaime Castilla \$ 280
- Las 48 Américas, por Raymond Cartier (2ª Edición) \$ 500
- Pakistán, por Tibor Mende \$ 400

COLECCION DE AUTORES CHILENOS

- I. Ensayos, por José Toribio Medina \$ 250
- II. Bajo la Tienda, por Daniel Riquelme \$ 220
- III. Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno, por Alberto Edwards \$ 250
- IV. Tradiciones serrenenses, por Manuel Concha \$ 250
- V. Comarca del Jazmín y sus mejores cuentos, por Oscar Castro \$ 250
- VI. Sewell, por Baltazar Castro (2ª Edición) \$ 250
- VII. Esas Niñas Ugarte, por Waldo Urrutia \$ 300
- IX. Llampo de Sangre, por Oscar Castro (2ª Edición) \$ 350

COLECCION EL UMBRAL

- I. Mirando al Océano, por Guillermo Labarca (4ª Edic.) \$ 200
- II. María y el Mar, por María Elena Aldunate \$ 200
- III. Viento en la Bahía, por Ricardo Valenzuela \$ 260
- IV. Los días ocultos, por Luis Oyarzún \$ 300

PRESENCIA DEL PASADO

- II. Recuerdos de la Escuela, por Augusto Orrego Luco \$ 250
- III. Chilenos en California, por Enrique Bunster \$ 250
- IV. Memorias, por Lord Thomas Cochrane \$ 400
- V. Ideas y Confesiones de Portales, por Raúl Silva Castro \$ 300

POESIA — PINTURA

- Antología de Pedro Prado, por Raúl Silva Castro \$ 250
- Historia de la Pintura Chilena, por Antonio R. Romera \$ 400
- Camilo Mori, por Antonio R. Romera \$ 350
- Obras Selectas de Gabriela Mistral: Vol. II. Desolación \$ 400
- Vol. VI. Lagar \$ 360
- Antología Poética de Oscar Castro, por Hernán Poblete (2ª Edición) \$ 300

STUDIUM

- Historia de la Literatura Chilena, por Hugo Montes y Julio Orlandi \$ 460
- El Dogma en la Liturgia, por Fernando Cifuentes \$ 100

COLECCION SINTESIS

- I. Breve Estudio sobre el Teatro Francés Contemporáneo, por Francisco Walker Linares \$ 250
- II. La rebelión del Asia, por Tibor Mende \$ 250
- III. Culturas Precolombinas de Chile, por Greta Mostny \$ 250

COLECCION JUVENIL

SERIE SANDOKAN DE EMILIO SALGARI

1. Sandokan, tomo I \$ 100
2. Sandokan, tomo II \$ 100
3. La mujer del pirata \$ 100
4. Los misterios de la Jungla Negra \$ 100
5. El misterio del Rajmangal \$ 100
6. La venganza de Tremal-Naik \$ 100

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

Ahumada 57 — Teléfono 63121 — Casilla 3126 — Santiago.

DESPACHOS CONTRA REEMBOLSO DESDE UN LIBRO

POLITICA Y ESPIRITU

— *Los hechos y las ideas* —

Redacción — Administración
Ahumada 57, Teléfono 63121,
Casilla 3126 — Santiago de Chile
Director: Andrés Santa Cruz.
Sub-Director: Fernando Castillo.
Comité de Redacción: Jaime Cas-
tillo, Alejandro Magnet, Fran-
cisco A. Pinto, Tomás Reyes.

REVISTA QUINCENAL

1º de Septiembre de 1955

AÑO XI

Nº 141

Valor de la suscripción a 24 nú-
meros: Chile, \$ 660.— Extranjero,
US\$ 3.— Las suscripciones deben
solicitarse a EDITORIAL DEL
PACIFICO S. A., Casilla 3126,
Santiago de Chile.

LAS FUERZAS ARMADAS

Las Fuerzas Armadas acaban de demostrar, una vez más, que merecen la confianza que el país ha depositado en ellas.

El haber soportado la prueba que ha significado el proceso llamado de "La Línea Recta" sin que se produjera la desmoralización entre sus miembros, ha constituido la mejor demostración de que todos los sacrificios y los años empleados en la formación de los hombres que han dedicado sus vidas a las instituciones no han sido estériles. Los culpables de introducir la indisciplina y la deliberación ya han sido señalados y serán castigados y expulsados de las filas.

Desgraciadamente el Gobierno —no podíamos esperar otra cosa—, ha eliminado, por su parte, a los mejores Oficiales Superiores que, conscientes de sus deberes, denunciaron la existencia del grupo que estaba corrompiendo la disciplina, base y fundamento de las Fuerzas Armadas. Ya es inútil lamentarse del dinero gastado por el país, de los años perdidos por estos oficiales y el esfuerzo que significó su formación.

A pesar de todo ello, el país puede estar tranquilo respecto de sus Instituciones Armadas. La gran mayoría de sus miembros ha permanecido leal a la tradición de disciplina, se-

riedad y dedicación exclusiva a su deber profesional.

Los chilenos debemos meditar acerca de lo que significa, especialmente en un país latinoamericano, el contar con Instituciones que, como nuestras Fuerzas Armadas, son una garantía para nuestra democracia.

Es necesario considerar también el valioso aporte con que contribuyen año a año a la educación de la juventud por medio del servicio militar. En un país en que, por diversas causas, los servicios educacionales no alcanzan a impartir instrucción primaria ni siquiera a la mitad de la población en edad escolar, el contar con una institución que no sólo enseña, sino también educa y disciplina, es de un valor inapreciable.

No hay que olvidar tampoco que los países que empiezan a ceder en sus estructuras internas, como desgraciadamente parece estar sucediendo con el nuestro, se hacen blandos para el exterior, y es entonces cuando los vecinos comienzan a plantear insólitas reivindicaciones. En estos casos el contar con Institutos Armados, como los que felizmente tiene este país, es la mejor garantía de que las cosas se mantendrán en su lugar.



LOS HECHOS

Las declaraciones hechas por el Presidente de la República en Bolivia, relativas a la salida al mar de ese país y a la situación interna de Chile provocan comentarios diversos.

Se produce la renuncia colectiva del Ministerio por causas desconocidas. Posteriormente, son mantenidos todos los Ministros, salvo el de Economía, quien es reemplazado por el señor Oscar Herrera, antes Ministro de Educación. El señor Tobías Barros ocupa esta última cartera.

Circula el rumor de que la crisis fué producida con el fin de hacer renunciar al susodicho Ministro de Economía, quien no se entendía con sus colegas.

Días después una nueva renuncia: la del Ministro de Agricultura señor Hugo K. Sievers, reemplazado por don José Suárez.

Se celebra la Conferencia Latinoamericana por las Libertades sin lograr interesar a la opinión pública.

La Comisión del Trabajo de la Cámara despachó el segundo informe del proyecto de salario vital obrero. Quedan excluidas las empleadas domésticas.

El Gobierno envía al Congreso un proyecto con el referéndum salitrero.

Los Comités Parlamentarios del Senado rechazaron la proposición del senador Salvador Allende para establecer un plazo de 15 días dentro del cual se despachará el proyecto de derogación de la ley de Defensa de la Democracia.

Polémica entre el Ministro de Hacienda y el Presidente de la Cut con motivo de un discurso de este último en una concentración pública.

La Corporación de Inversiones de Previsión ratifica, en un nuevo informe, sus datos acerca del costo de la previsión que habían dado lugar a diversas intervenciones parlamentarias.

Las Compañías cupríferas anuncian que habían alzado el precio del cobre en Estados Unidos a 40 centavos de dólar la libra. El precio anterior era de 36 centavos.

Discrepancias entre el Ministro de Economía y el Condecor sobre la posibilidad de establecer áreas de cambio libre. Tal tesis fué sostenida por el Presidente del Condecor.

Proyecto para permitir la participación de empresas privadas en la explotación del petróleo.

La Cut anuncia un plan de lucha antiinflacionista.

Se mantiene sin solución el problema del alza de tarifas de locomoción. Entretanto se alzaron las tarifas postales y telegráficas a fin de solucionar los aumentos de sueldos a los personales.

El candidato radical aparece como candidato único en las próximas elecciones complementarias de Valparaíso después del retiro de todas las pretensiones agrario laboristas.

En el Senado se continúa debatiendo la situación de los funcionarios que viajan al exterior.

Se anuncian huelgas de bancarios y de empleados semifiscales.

El Ministro de Hacienda revela que el proyecto de escala única de sueldos será diferido para el próximo año y reemplazado por un reajuste general.

Se anuncia un grave escándalo en la importación de algodón.

¿Qué está consiguiendo la Cut?



La Central Unica de Trabajadores aceptó fácilmente, como ya se sabe, la conciliación con el Gobierno. Desde un principio y de modo muy acorde con el sentido objetivista que caracteriza a los hombres políticos, sus dirigentes entraron a operar en el nuevo terreno

que se les ofrecía. Ya hemos respondido a las objeciones que tal conducta podía levantar. La Cut, en efecto, busca la manera de resolver sus problemas. Para ello utiliza la herramienta que se pone en sus manos. Sería absurdo, desde el punto de vista gremial, hacer cuestión de personas o matices políticos. Ello, por supuesto, siempre que se dé un conjunto mínimo de condiciones adecuadas al objetivo perseguido por ella. En el caso presente, la Cut se propuso simplemente aprovechar una situación que no pareció adversa. El Gobierno ofreció, de acuerdo con su costumbre, las mayores expectativas. Tan alta fué la proposición que acaso los dirigentes de la Central no midieron con toda la serenidad requerida las condiciones en que se les invitaba a actuar. En efecto, ellos supusieron que sus aliados los políticos debían acompañarlos o sufrir las consecuencias de su abstención; pero no estimaron necesario ni consultarlos ni ponerse de acuerdo con ellos. Sólo más tarde hubo entendimientos verbales entre unos y otros. Tal circunstancia dió a la acción de la Cut una fisonomía particular. No era un movimiento de recuperación efectuado por la vía tradicional. En esta oportunidad, por el contrario, la fuerza gremial tomaba por sí misma una representación y colocaba a la política en segundo término. El hecho culmina, como es notorio, una larga evolución y responde a circunstancias creadas sobre todo en relación con el ibañismo. Fuere cual fuere el sentido de todo esto, los hechos muestran que, por el momento, los gremios marcan el rumbo en la política chilena e influyen sobre el curso de la historia de un modo más decisivo que los partidos. No es otra la causa de que la Central Unica no vacile, por una parte, en prescindir de los partidos (y aún no tema enfrentarse a algunos de ellos) y, por la otra, se ocupe, a pesar de todo, de mantener ciertas vinculaciones con sus directivas. Esto se comprende por una razón que dábamos en un número anterior. La Cut, como se sabe, está sometida a la influencia de dirigentes políticos que actúan en su propio seno. Pero, ha de decirse que lo hacen

siguiendo más el impulso gremialista que el que podría surgir de una conexión vital entre los gremios y los partidos populares. Así ocurre que el Presidente de la Cut, a través de sus discursos y declaraciones, alimenta tendencias antipartidistas en el interior de su organización y hasta llega a plantear críticas o no disimuladas amenazas. Tal cosa sucede —y he aquí lo importante!— sin que dentro de la Cut se promueva, por parte de los dirigentes que pertenecen a los partidos afectados, una reacción destinada a impedir que la directiva nacional se coloque en ese terreno.

En una palabra, la táctica de la Cut ha sido simplemente confiar en sus propias fuerzas y presionar al Gobierno mediante una forma de colaboración impetuosa que éste no se atreve todavía a romper. Los dirigentes gremiales son, por lo demás, suficientemente conscientes tanto de su misión como de su fuerza, para tener la certeza de arriesgarse sin temor a que vean mañana impedida su posibilidad de denunciar al Gobierno. Algunas revelaciones en ese sentido han sido ya dadas. El Presidente de la Cut dijo, en cierta oportunidad, que el Gobierno se limitaba a "tramitarlos". Ha mantenido también discrepancias rudas con determinados Ministros, en especial los de Hacienda y de Economía. Adviértase que son precisamente los Ministros con los cuales debe entenderse en primer lugar. Se trata, pues de una amistad curiosa. Ella está fundada en algo que todos saben muy precario; pero cada uno quiere aprovechar un residuo de terreno común para conseguir sus propósitos, sea que el aliado obtenga o no los suyos. La posibilidad de volverse contra el Ejecutivo no está jamás descartada. Quien crea poder destruir el ánimo de lucha de la Cut está, por cierto, equivocado; aún cuando ello no impida que en una nueva vuelta, ese ánimo tenga un efecto ahora mucho menor.

Entretanto, las cosas marchan del modo que acaso conviene a una política oficialista, la cual, de ser consciente, podría calificarse como maquiavélica. En efecto, para el Ejecutivo, lo importante era dividir a sus enemigos. Está consiguiéndolo. Por de pronto, el planteo de las alzas en la movilización y el consiguiente rechazo de la Cut han permitido que los sectores de derecha insistan en sus cargos de demagogia e irresponsabilidad contra los dirigentes gremiales. Sin embargo, no por ello los empresarios se atreven a tomar una actitud firme. El problema sigue aún en un terreno de consultas privadas. El Ministro Zúñiga Latorre salió ya de su puesto; era él quien importunaba a la Cut. El nuevo Ministro, el señor Herrera, no toma decisión alguna sobre los contradictorios informes que se redactaran ni tampoco el Consejo de Gabinete parece

dispuesto a convertir en problema de su incumbencia lo que corresponde a un solo Ministerio.

Mas, no es éste ahora el motivo principal de conflicto. Dos otros temas dominan el ambiente. Uno es el de la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia; otro el de salario vital para los obreros.

Digamos dos palabras sobre ellos.

La derogación de la ley de defensa de la democracia viene planteándose desde el año 52 o antes. Los esfuerzos más serios en ese sentido se realizaron por comisiones de estudio de la combinación de centroizquierda que respaldaba la candidatura Alfonso. El ibañismo a su vez, prometió todo sobre la materia y convirtió esta cuestión en un aspecto capital de la política de beneficio a las clases populares. Pero, en cambio, no realizó nada. Mejor dicho: cambió por completo su criterio y obstinadamente se opuso a toda modificación. Esto ha durado hasta ahora en que el Presidente de la República, movido por las leyes del oportunismo candoroso en que se desplaza según costumbre, aceptó sorprendentemente que esa ley, antes indispensable, ya no lo fuera tanto. Sin embargo, cabría preguntarse cuál es la razón por la cual la Cui pone en primero y urgente plano tal medida. La Ley de Defensa de la Democracia contiene disposiciones contra el Partido Comunista y de paso contra el movimiento sindical y otros sectores supuestamente delictuosos. En el caso presente, todo el peso del reclamo cutista ha caído en la derogación de las disposiciones relativas al Partido Comunista. Es en eso que piensa el Presidente de la República y lo que él ha aceptado derogar después de larga resistencia. Los demás problemas, especialmente, aquellas disposiciones que se estimaron en su oportunidad como contrarias al interés de los trabajadores en su específica labor sindical, no son las que, repetimos, parecen interesar más. En ello, vemos cierta presión política indebida. No porque deba mantenerse la exclusión política del sovietismo; pero sí porque un objetivo semejante responde más a la actividad propiamente política de los militantes sindicales. No se vé por eso la razón según la cual ellos dejan en segundo plano lo que les interesa de modo especial y se acuerdan con preferencia de un aspecto que, a pesar de su importancia, debiera ser resuelto bajo perspectivas diferentes. Por nuestra parte, tenemos que anotar allí esa debilidad de posición que suele caracterizar a determinados sectores ante las exigencias particulares de la política comunista. Ella no solo consigue plantear sus objetivos, sino que aún logra que se les atribuya una primacía. Tal cosa ocurre sólo porque, en la conciencia del dirigente sindical, existe el convencimiento

de que cada una de las cosas esenciales, perseguidas por dicho partido, forman también parte sustancial de la política popular. Eso, sin embargo, es completamente falso. La propia Ley de Defensa de la Democracia lo demuestra. Su derogación ha interesado mediocrementemente a la opinión pública. Se puede decir que la subsistencia de la ley se ha dado como un hecho más o menos inamovible. Sólo los comunistas impávidamente la consideran como algo siniestro... Nos parece prudente sugerir que tal cosa debiera hacer reflexionar, no tanto sobre los objetivos mismos de la política popular, como sobre los procedimientos. Que la derogación deba ser votada favorablemente, en los momentos actuales, nos parece indiscutible; pero que los sindicalistas y políticos democráticos se sientan en la necesidad de tomar como esencial aquello que parezca más urgente al Partido Comunista, es, a nuestro juicio, un error político manifiesto.

Sea lo que fuere a ese respecto, el problema de la ley de Defensa de la Democracia planteará un largo y enconado debate en nuestro país. Ya se advierte la resistencia de los sectores de derecha, como asimismo un cierto grado de oportunismo en ellos. Por otra parte, la prensa de extrema izquierda busca obtener una especie de definición política en torno de este asunto. Cualquier actitud más o menos reticente o cualquier acto que no muestre un superlativo afán de llegar a una decisión favorable a sus fines, son presentados como el criterio regulador para apreciar hasta donde llega la probidad política de cada dirigente. Se trata, como cabe observar, de un nuevo modo de arrastrar tras de objetivos específicos y particulares a toda la masa de la opinión. No podemos decir en qué medida eso será logrado por el Partido Comunista. Mas, creemos que los sectores social cristianos deben rechazar de antemano toda maniobra destinada a presentar como impopulares a quienes no saltan con la agilidad que aquel partido requiera. Algunas alusiones de la prensa de filiación sovietista, referentes a los senadores social cristianos, marcan la línea que, en tal sentido, se está siguiendo.

El proyecto de salario vital está por ahora en primer plano. Hemos visto ya los furiosos ataques provenientes de los sectores de derecha. Ellos se fundan en el carácter inflacionista que se atribuye a tal legislación. Parece que el golpe de maza en este sentido lo está dando el Presidente de la Confederación de la Industria y el Comercio y ex Ministro de Hacienda, Sr. Jorge Alessandri, la personalidad actualmente más vigorosa y respetada de los sectores de derecha. El se ha preparado para dar algunas conferencias radiales sobre el problema de la inflación y en general de la economía chilena.

Se comprende desde ya la resonancia de tales conferencias... como también las posiciones un tanto apriorísticas que se adoptarán. Mas, será un nuevo aporte a un problema en el cual conviene que cada uno plantee a fondo sus soluciones, en la esperanza de que, más tarde, nos pongamos de acuerdo para entregar a un estadista capacitado la posibilidad de realizar a lo menos una parte mínima de lo que haya resultado.

Allí está por ciento incluido el problema del salario vital que tan fuertes observaciones plantea por ahora. Aprobado por la Comisión del Trabajo de la Cámara de Diputados está ahora sufriendo algunos retardos. El asunto es suficientemente angustioso como para constituir un nuevo "test" para los hombres de derecha y de izquierda. Cada uno será juzgado según como se comporte ante este proyecto. Para la derecha, se trata de la última etapa en la tarea de arruinar la economía nacional; para la izquierda, en cambio, sólo es la realización esencial de un objetivo ligado a la posibilidad misma de volver a levantarla.

El problema podría ser resuelto con facilidad si nos quedamos en un terreno estrictamente académico. La idea misma del salario vital parecerá, en efecto, indudablemente acertada. No se puede ir contra ella, puesto que representa el margen de existencia impuesto por la vida misma. Desde este punto de vista, recuérdese que las viejas Encíclicas sociales apuntan ya al mismo objetivo. Aquello que pareció utópico o insuficiente a muchos se transforma ahora, en nuestro medio, en un problema concreto. Extrañará, por eso mismo, advertir la cantidad de opositores de filiación religiosa católica que tal iniciativa encuentra. Mas, ello ocurre porque o se teme un poco a la inflación o porque el catolicismo social está reservado para los actos de academia política. Agréguese todavía que en Chile los empleados tienen sueldo vital desde hace tiempo. ¿Quién resiste entonces a la pregunta sobre la razón por la cual los obreros no podrán disfrutar de él? Así las cosas, el proyecto será sin duda aprobado por el Congreso. La Cut habrá obtenido otro triunfo y sus enlaces con el Gobierno podrán afirmarse. En cambio, se habrá producido un alejamiento más entre ellos y los partidos de derecha, lanzados ya de un modo mucho más acentuado a la labor opositora. El panorama en adelante puede ofrecer golpes y contra golpes muy sorprendidos. Si la ley de salario vital, dictada ante el escándalo de la derecha, no puede ser resistida por el país y si, fuera de provocar un movimiento inflacionista, trae una serie de artimañas destinadas a violarla,

cabe pensar en un vuelco hacia la derecha. En cambio, si ella es aplicada de manera que los sectores de trabajadores participen de manera más efectiva en el esfuerzo de elevar el nivel de la producción y si consiguen demostrar que los patrones hablan de inflación sólo porque desean impedir que se limite el monto de sus utilidades, entonces la cara del asunto será muy diferente. Nos es imposible, claro está, prever los acontecimientos. Pero, a nuestro juicio, la situación actual es el fiel reflejo de la parálisis colectiva en que nos encontramos. Los obreros exigen salario vital porque esto les parece justo; los patrones lo niegan porque lo estiman imposible de pagar, esto es, injusto. Cada uno, en el fondo, defiende el interés de su sector y determina el curso de los acontecimientos según ese interés. Parece seguro que la resistencia de los patrones convertirá el proyecto en una medida inflacionista; parece seguro además que el rechazo de la ley provocaría una mayor incapacidad de nuestra economía para elevar sus niveles de producción. En ambos casos, uno de los dos factores fundamentales queda profundamente resentido y con poco ánimo de hacer sacrificios. Tendrán en efecto la impresión de que se les exige unilateralmente la totalidad de aquellos. He aquí, a nuestro juicio, el peligro de la situación. El Gobierno Ibáñez aparece lanzando un proyecto destinado a producir más confusión y menos solución. Cosa que nos obliga a pensar que en el fondo de todo esto, se halla implícito el problema político. Tal proyecto de salario vital pudo haber sido una medida indispensable y conveniente bajo un cuadro moral y político distinto. Esto quiere decir que se trata, como hemos sostenido más de una vez, que el problema nacional es **realmente** económico, pero **formalmente** político. Sin un instrumento adecuado, no hay soluciones económicas ni por tanto sociales. La falacia invencible de la situación actual reposa en que una medida impuesta por un Gobierno despojado de autoridad y reñido con el país, puede transformarse en una inútil contribución al caos. Para eso no hay más salida que la que surge de la necesidad en que nos encontramos de formar una plataforma política adecuada. Tal cosa exige condiciones que, por desgracia, no se hallan aún plenamente maduras. Pero acaso los inconvenientes inmediatos de la situación pudieran limitarse mediante algún procedimiento que permitiese convertir, por ejemplo, las diferencias que los obreros recibirán por esta ley, en una forma de participación en el dominio de las empresas, allí donde fuese posible.

Inflación y Previsión



Entretanto continúa la parte polémica de la lucha contra la inflación. Dos senadores de Izquierda, los señores Allende y Ampuero, han reafirmado sus conceptos sobre la materia. En ellos aparece la inflación como un problema creado por la estructura económica misma del país. Ambos dirigentes expresaron este concepto durante el foro promovido por el Círculo de Economía, que tuvo lugar en la Universidad de Chile. De allí se desprende, como es natural, que sólo un cambio completo de dicha estructura puede dar un sentido renovador a la política económica nacional. Ambos dirigentes hablaron de rechazar la tesis de los "sacrificios compartidos", con lo cual se alude tacitamente a las indicaciones formuladas por el senador Eduardo Frei allí mismo y en el Senado. Sin embargo, escarbando un poco más en el subsuelo de estas posiciones, uno advierte que ellas están orientadas no a formular una sugerencia práctica e inmediata —terreno en el cual se coloca el senador falangista y que interesa al ciudadano—, sino en una especie de política general acerca de los problemas nacionales. De ese modo, el senador Allende llegaba con facilidad a enumerar una serie de medidas entre las cuales incluye: integración económica con los países de América Latina; ampliación de mercados con todos los países del mundo; control efectivo del Estado sobre las industrias extractivas; reforma agraria, etc. Observemos que todo esto se halla dentro de una cierta curva evolutiva posible para nuestro país. Que sea preciso mirar tales aspiraciones como metas por alcanzar no parece algo demasiado dudoso. En verdad, no se discute, al menos entre partidos no liberales, el conjunto total de tales objetivos, sino sólo el modo de llegar a ellos. Para eso se requiere avanzar por etapas y conservar el realismo suficiente como para no perderse ahora en el puro ensueño. Los políticos mencionados reemplazan, sin embargo, lo inmediato por lo mediato, la angustia cotidiana del hombre de la calle por el verbalismo cuasi académico. No resuelven en el punto en que se plantea hoy y aquí la pregunta: ¿Qué hacer? En vez de ello, fijan un término venturoso antes de señalar

los peldaños difíciles y cercanos. En suma, trabajan más para una táctica política que para la urgencia de los problemas mismos. Su raciocinio, por lo demás, se aleja de la cuestión. Cuando ellos formulan la tesis de que la deficiente estructura económica chilena es causa del fenómeno inflacionista, olvidan que el ritmo de ésta era más lento en tiempos aún menos cercanos a las soluciones que ellos ofrecen. De este modo dejan de contestar las tesis de derecha, según las cuales la inflación crece extraordinariamente sólo en los años de gobierno de izquierda, esto es, en los años precisos en que por ejemplo el control del Estado sobre la economía se hace más insistente o en que se desarrolla mejor el concepto de integración latinoamericana. Es preciso, pues concluir que tales dirigentes no están resolviendo el problema que se les plantea. Rechazar la tesis de que el país entero debe hacer un esfuerzo por adecuar sus medios de vida a las posibilidades de vivir, sin perjuicio de las precisiones que sea justo introducir allí, significa por de pronto sostener que no se trata de un esfuerzo nacional y conjunto, que está afectando a todo el país y que requiere una cierta forma de unidad colectiva, sino que, por el contrario, se sugeriría que la inflación será derrotada por una especie de toma del poder de parte de la clase trabajadora, la cual eliminaría de la vida social todo lo que se le opusiese. Esto es, en suma, recaer en el esquematismo acostumbrado que la Federación Social Cristiana desechó oportunamente. Desde un punto de vista moral, significa, a nuestro juicio, proceder a nuevo engaño. En efecto, los políticos que así hablan son los que han tenido la oportunidad para ejecutar a lo largo de más de quince años las ideas que hoy presentan como urgentes. Ellos pudieron en efecto, con el pueblo a su favor, habernos ahorrado la inflación. Eran ellos quienes, con sus partidos, detentaban el poder. Mas, lo perdieron. Su misma política condujo a que nuevas fuerzas surgiesen y desplazasen, a los sectores rezagados la de cuota de participación en los beneficios nacionales. Esto demuestra que, tal como el programa fué planteado, llevó al fracaso. Mas, si hubo fracaso no se puede repetir ahora la experiencia como si nada hubiese ocurrido. No es lícito producir el lenguaje suelto y sencillo por el cual se prometió ya una vez la conquista plena de la independencia económica... sin más resultado que una postrema violenta necesidad de combatir el imperialismo.

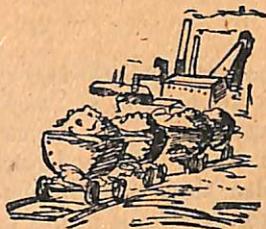
Desde un punto de vista político, las posiciones enunciadas representan una manera de desviar la

atención de los planteamientos prácticos y concretos mencionados en las intervenciones del senador falangista Eduardo Frei. Sugerir que en vez de "sacrificios compartidos", que caerían sobre los obreros, hay que "cambiar la estructura económica del país", importa, como cualquiera lo advierte, reemplazar una consigna de orden psicológico-moral por una finalidad general que se trata justamente de llevar a la práctica. Esta dialéctica poco sutil se hace más tosca si observamos que lo que se entiende como fruto de un deliberado movimiento de unidad nacional es traducido en boca de los críticos en términos de pretender que las clases trabajadoras han de resistir todo el peso de ese esfuerzo. Por donde se advierte que no es la sala en que se habla la que puede modificar el alma de algunos políticos...

Las mismas cosas están presentes en el debate sobre la previsión. Recordemos aquí la refutación ensayada por los parlamentarios socialistas sobre lo dicho por el senador Frei y el diputado Bernardo Larraín. Esta refutación ha sido colocada ahora en el lugar de las cosas discutibles y por jamás insolubles. Un nuevo pronunciamiento técnico de la Corporación de Inversiones de Previsión ha ratificado los datos dados por ella anteriormente y que habían servido de base a los parlamentarios mencionados. No ha habido más respuestas hasta el momento de escribirse las presentes líneas. Pero el señor Frei debió dejar constancia de que no era posible al Congreso practicar por sí mismo todas las investigaciones y que el Gobierno debiera ocuparse de impedir estas discordancias entre organismos del Estado.



Preguntas sobre el cobre



El alza continua del precio del cobre en Europa occidental ha provocado la cuestión relativa al precio a que dicho mineral se vende en Estados Unidos. Esto, como se comprende, introdujo de inmediato otra vez una disputa sobre el alcance de la ley de nuevo trato despachada hace unos tres meses. En ella, la creación del Departamento del Cobre en el Banco Central, con facultad para intervenir y conocer el negocio de venta fué una de los asuntos más importantes que entonces se discutieron. El mismo senador falangista antes citado ha resumido las preocupaciones de todos formulando algunas preguntas concretas al Departamento: ¿Se ha organizado el Departamento? ¿Qué medidas se han adoptado para el estudio de los mercados europeos? ¿Se ha pronunciado sobre las condiciones del mercado norteamericano? ¿Cuál es la política que piensa seguir en materia de ventas?

Hasta el momento no hay respuesta. Pero, el problema fué suscitado también por el senador Guillermo Izquierdo y, en la Cámara por el diputado, Juan de Dios Carmona. Este último reiteró que el Departamento no ha usado las disposiciones de la ley, aún cuando se han producido las circunstancias previstas por ella para la intervención de aquel. El señor Carmona aludió también al hecho de que el mercado norteamericano está sujeto a control, tanto en el orden privado como en el público. En el primero, porque cuatro o cinco compañías controlan el 60 por ciento o 70 por ciento de la producción disponible para el consumo y asimismo un porcentaje mayor de la industria elaboradora, que es la compradora y consumidora de nuestro cobre. En el orden público, el Gobierno norteamericano fija y controla el mercado y el precio del producto. Ante todo ello, el Departamento creado con facultades para intervenir y defender los intereses del país, prefiere mantenerse en silencio y eludir las respuestas tanto como los actos.

LA VERDAD TIENE SU HORA *

Por EDUARDO FREI M.

El desempeño de un cargo parlamentario en una institución de tal alta jerarquía como es el Senado de la República, permite conocer muchos problemas y recibir muchas lecciones. En el trabajo silencioso de las comisiones desfilan hombres del Gobierno y de la oposición, que confrontan sus puntos de vista, ante las situaciones más diversas. Esto da a sus participantes la oportunidad de formarse una visión de conjunto de lo que en el país ocurre, libres de la deformación del especialista y de la superficialidad de los que opinan sin tener, muchas veces, ni los antecedentes concretos ni la obligación de asumir públicamente la responsabilidad de decidir las cuestiones en debate.

Las frecuentes jiras por las provincias dan la oportunidad de oír el pensamiento y las preocupaciones de muchos chilenos de la más diversa procedencia y condición.

Nos parece, reflexionando sobre estas experiencias, que no sería aventurado afirmar que existe en el país una gran inquietud y desorientación respecto al porvenir y que tras una aparente calma están madurando muchas ideas y acumulándose los materiales para una nueva y decisiva etapa en nuestra vida como nación.

Por muy largo tiempo hemos venido siguiendo lo que se podría llamar "el camino de la facilidad". Siempre eludimos las dificultades y el ánimo de mucha gente se refleja en frases como aquella de que "en Chile todo se arregla y nunca pasa nada" y que, en último término y comparativamente, éste es un paraíso.

Entre tanto, en este paraíso, donde "nunca pasa nada", lo que puede ser el primer síntoma de una prematura decadencia, hay con seguridad más de dos millones y medio de habitantes, casi el cuarenta por ciento, que carecen de casa donde habitar y se refugian en condiciones inenarrables; muchas provincias son intransitables, por falta de caminos, cinco o seis meses del año; a pesar del plan de electrificación, los principales centros poblados, comenzando por la capital y el primer puerto, tienen racionada la energía y les esperan años

(*) Por considerarlo de gran interés para nuestros lectores publicamos en este número la Introducción del libro de que es autor el Senador don Eduardo Frei Montalva, que lleva por título "La verdad tiene su hora", y que ha sido publicado recientemente por Editorial Del Pacífico S. A.

aún más críticos; cada año cerca de trescientos mil niños, la mayoría en el área rural, quedan sin escuelas, y una gran proporción de los que asisten lo hacen por breves periodos; en seis millones de habitantes hay un millón doscientos mil analfabetos; el déficit alimenticio se acrecienta y disminuye la estatura media de los chilenos como se comprueba en la conscripción militar y en las escuelas. ¿A qué seguir?...

A través del territorio se extiende la sensación de que existe un relajamiento de todos los resortes morales que constituyen el nervio de una nación.

Si se recorren los servicios e instituciones parece que hubiéramos realizado una selección al revés y en cada organismo existe una sensación de desconfianza y malestar, como si nos hubiéramos propuesto emplear mal o a medias los instrumentos de acción de que un Gobierno debe disponer.

En muchos de los que trabajan existe la convicción de que no están realizando una tarea útil y se desesperan ante la forma en que se pierden las mejores oportunidades e iniciativas. En resentido silencio sufren el vejamen de que, con frecuencia, quien los dirige no se ha ganado el cargo por méritos sino por influencia, de modo que no hay el respeto que nace de la consideración a la calidad o al esfuerzo de los años.

No hay servicio o actividad en que se recoja esa nota de optimismo que dan los que se saben conducidos en forma competente y estable, sino la queja amarga y desesperanzada.

Aun en reparticiones que tradicionalmente funcionaron con eficacia cunde hoy la desorganización, se alejan de ellas los mejores, y en algunas se extiende el sombrío rumor de la corrupción que comienza a invadir un país que se enorgullecía de una tradición de honradez en los servicios públicos.

Por otra parte, el chileno medio piensa que no hay normas que no se quiebre, ni ley que rija aparejamente. Se ha formado la idea de que éste es un país de amigos, parientes o compadres, donde lo principal no es tener razón sino influencia, ya sea para tramitar, conseguir o "llegar".

La verdad es que existen fundadas razones para pensar que presentamos el cuadro de una nación que progresivamente se desintegra. No existen hoy para los chilenos grandes motivos comunes que los unan y produzcan optimismo. Basta, por lo general, que un grupo inicie una tarea o lance una inicia-

tiva, para que de inmediato ella sea resistida o mirada con recelo por otros grupos sociales.

Pareciera como que hemos llegado a ser los habitantes de un mismo territorio, sin un alma colectiva, sin sentimiento ni ideas capaces de movilizar las energías de todos.

Los caracteres de este fenómeno social se han acentuado en los últimos años con el proceso inflacionista. El no resistirlo ha constituido una especie de quiebra de la voluntad: los débiles prefieren vivir de las apariencias que forjan para engañarse. Así hemos perdido la oportunidad que presentaba el auge mundial de la posguerra para sanear las bases económicas del país, crear nuevas fuentes legítimas de productividad y obtener una mayor independencia. Si bien hemos avanzado en algunos aspectos, mucho se ha conseguido sustituyendo los puntos de aplicación de la misma energía económica, cambiando obras públicas y agricultura por industria, o sólo como efecto del natural y obligado avance que empuja a todas las naciones de la tierra. Entre tanto, consumidas gran parte de nuestras reservas, seguimos sin resolver muchos problemas esenciales: la antinomia del campo y la industria, la miseria de extensos grupos, la dependencia excesiva del comercio internacional agravada por industrias que importan sus materias primas, y desequilibrios sociales incompatibles con una sociedad bien organizada. Y, lo que es casi monstruoso en un pueblo joven, hemos creado un sistema para pagar la ociosidad prematura con un régimen de jubilaciones que no podrían resistir viejas y ricas sociedades.

Como los pródigos hemos consumido el patrimonio actual y las expectativas para gozar del presente con una acrecentada velocidad en las exigencias y una disminuída capacidad de sacrificio y creación.

Esto, necesariamente, ha agrietado las estructuras morales. No hay confianza recíproca y todo el que dirige se ha hecho sospechoso; no existe sentido de las jerarquías porque se han comprobado demasiados fracasos y diferencias injustas, y casi todo se ha transigido en compromisos confusos, de los cuales hemos sido en parte actores y víctimas.

La ganancia fácil y desproporcionada para algunos que son, generalmente, los que menos aportan a la creación económica; el obscuro mecanismo del comercio internacional, que crea privilegios indebidos y oportunidades injustas; la incertidumbre en el porvenir y la quiebra de la moneda, que es como falsificar el metro con que se miden salarios y precios, costos y utilidades, han estimulado los

apetitos y han hecho perder el respeto por el trabajo y por toda norma moral.

Con cierta inmadurez, propia tal vez de la juventud, al igual que los bárbaros antiguos que sin la sabiduría de los viejos romanos se corrompieron en una generación, con desenfado, hemos despreciado valores familiares y sociales, sin reemplazarlos y creyendo, al copiar formas decadentes, que progresábamos.

Por eso, estamos viviendo más de las fórmulas que de los hechos vivos, del subterfugio que de la verdad.

Incapaces de organizarnos y someternos a una disciplina consciente, hemos ido desgastando los fundamentos en que reposa la democracia. En vez de hacer justicia hemos preferido el formalismo legal, substituyendo la vida por el expediente; cambiando los bienes físicos y tangibles: casa, vestidos, dignidad y cultura, por papeles; creando instituciones que copan gran parte de la renta nacional, para dar apariencia de empleo útil a una juventud sin destino, y manteniendo, a pesar de tantas leyes, en la pobreza o inferioridad de siempre, a un gran sector del pueblo.

Así hemos conformado la imagen de una democracia en la que todos tienen derechos, pero en la que nadie quiere reconocer las obligaciones correlativas y en la que cada uno busca el camino de ser una excepción, tanto para obtener los privilegios como para eludir las sanciones.

* * *

Eso no es accidental y puede resultar engañoso cargarlo todo a la cuenta del gobernante. Con la misma superficialidad, en cada elección, a la manera de quien juega con su suerte en una lotería, creemos que todo será resuelto por el cómodo recurso de elegir a un buen Presidente. Después, cuando vienen la desilusión y el fracaso, se le convierte, como en el antiguo rito, en el chivo emisario que carga con todas las culpas y al cual es necesario sacrificar. Parece esperar que por ese solo acto todo se transformará, pero sólo se hace imposible la tarea del que viene, depositario, a su vez, de esperanzas excesivas. Por eso, hemos llegado al extraño evento de que lo primero es elegir un Presidente, y después, la solución en que se cifran todas las expectativas es cambiarlo por otro. Eludimos así un problema que tiene raíces más hondas y tratamos de delegar una tarea que sólo puede emprenderse por el pueblo entero, del cual al gobernante no le cabe nada más que ser intérprete y conductor.

Esto no implica, por cierto, que las condiciones humanas del equipo gobernante no sean de importancia fundamental, especialmente en casos extremos de incompetencia; pero no se puede periódicamente pensar que todo reside en una persona que sería, primero, la causa de todos los bienes y, después, el origen único de todos los males.

Esta visión de Chile que, indudablemente, es real, no es completa y ella podría llevarnos a un injustificado derrotismo.

Hay otro rostro que mirar.

La misma experiencia viva nos dice que existen muchas fuerzas latentes en espera de poder manifestarse.

Tiene el país un fundamento inamovible en sus recursos naturales: suelos feraces, minerales, energía, bosques y un extenso mar. Cada una de estas riquezas podría ser la palanca para construir un país. Otros pueblos, que han logrado realizaciones que asombran, soñarían con poseer lo que nosotros tenemos en tal cantidad y variedad. Algunos piensan que somos pobres, confundiendo los términos. Es cierto que no poseemos riquezas fáciles; pero en cada pedazo de suelo, en cada provincia, existen en potencia posibilidades difíciles de imaginar a quienes no las hayan conocido en detalle.

Tenemos algo más importante aún: un pueblo inteligente, ambicioso, alerta, que bien dirigido, es capaz de salvar en pocos años deficiencias de generaciones. Son ya múltiples las evidencias de lo que es capaz de rendir con igual instrumental técnico que el que poseen los obreros de los países más desarrollados.

Este es un pueblo que lee, se informa, escucha; que en los caminos al viajero le grita pidiéndole diarios, revistas; que, en el fondo, ansía justicia y autoridad responsable.

Nuevas generaciones de dirigentes industriales han demostrado que hay espíritu de empresa, capacidad para organizar y descubrir nuevo rumbos y dar al desarrollo de la economía un sentido dinámico.

Existe una tradición de cultura, una vieja y cada vez más libre formación universitaria y, en estos años, han brotado los historiadores, poetas, novelistas, músicos y artistas. Una nación que puede exhibir tal número de valores no está agotada.

Así como existen los errores que desalientan, hay en cada sector valores humanos desconocidos y silenciosos, que conservan en su retiro recursos morales, calidades humanas que no han sido aprovechadas, pero que sostienen con dignidad una tradición de inteligencia y de esfuerzo. En mil formas se puede despertar entre muchas gentes una gran

generosidad y un espíritu espontáneo de cooperación. Hemos sido capaces, de mantener, con sus defectos, un sistema de convivencia y mutuo respeto, y, rodeados de dictadores, un Parlamento y una prensa libre y un sentido crítico independiente y viril. Un progresivo ascenso de sectores de clase media y de algunos grupos de proletarios que han logrado ubicarse en las grandes industrias instaladas en los últimos años, ha permitido la formación de grupos sociales más estables.

Chile sigue siendo un organismo vivo que responde al menor estímulo. Es impresionante observar en las pobres y desamparadas poblaciones cómo se puede desarrollar, con escasa ayuda técnica y material, un sentido muy grande de la responsabilidad y de la cooperación y cómo esos hombres pueden dominar sus vicios ante la posibilidad de construir su propio hogar.

Es considerable el número de gentes alertas que conscientes de su mal y deseosas de oír un nuevo lenguaje, son capaces de entender la necesidad de ciertos sacrificios y de hacerlos cuando ven que la autoridad que manda con energía sabe, al mismo tiempo, proceder con justicia.

No sería exagerado decir que éste es un pueblo sediento de emprender tareas de envergadura, siempre que pueda conocer los objetivos y se logre inspirarle confianza en la dirección. Todo lo ha ido preparando para entender cuáles son sus verdaderos intereses. A través de fracasos y entusiasmos, ha madurado una conciencia colectiva y se ha ido formando un juicio.

Es cierto que hay en muchos una gran dosis de amargura, de escepticismo, de desconfianza. Mas, la vitalidad del pueblo es como la de la tierra que, a pesar de todo, siempre está dispuesta a comenzar de nuevo, recibir y dar.

Pero este rostro de Chile puede cada día ir quedando más vacío, porque el otro proceso que vivimos está corroyendo al país desde la entraña y es posible que la faz de democracia, libertad y convivencia vaya perdiendo su substancia y así en vez de ser la cara auténtica, termine por convertirse en una máscara que cualquiera pueda arrojar.

De ahí que haya llegado un instante que pudiéramos calificar como un cruce histórico.

Sabemos positivamente que si no somos capaces de corregir los males que nos están destruyendo y continuamos viviendo de ese optimismo fácil que cifra sus esperanzas en la vaga confianza de que "al fin y al cabo, nada pasará nunca" o de que "los países no mueren" estaremos abdicando de anhelamos a nuestro destino y cerrando voluntariamente

los ojos a una realidad que puede tornarse abrumadora.

Los hechos han derribado muchas barreras y descubierto muchos engaños. A través de este tiempo, que no ha sido perdido, se han alcanzado enseñanzas capaces de servir de fundamento a una nueva actitud. Es posible que esa experiencia no se aproveche y nuevamente surja el mito de las palabras estériles, de las promesas excesivas, de los falsos esquemas.

Una vez y otra el pueblo ha sido defraudado, porque se le ha ofrecido más de lo que un gobierno estaba en situación de dar y se le han hecho promesas sin relación con los recursos reales del país.

Con frecuencia los que llegan al Poder no demuestran ni la envergadura moral ni la capacidad técnica necesarias y casi siempre terminan por culpar de su fracaso a los opositores o a la escasez de sus atribuciones, sin demostrar que sabían usar el poder de que dispusieron, lo que hubiese sido un antecedente para exigir un grado de mayor confianza.

Esa continuada desilusión proviene de la diferencia que existe entre lo que primero se ofrece de una manera irresponsable y lo que después se otorga.

Es un hecho que existe una aguda diferencia entre lo que se necesita y lo que se puede obtener, "entre el sueño y la realidad". En cada pueblo de Chile, en forma simultánea, se requieren una serie de obras, todas ellas urgentes e indispensables. Es preciso reconocer que resulta imposible satisfacer en breve plazo todas esas exigencias legítimas y que prometerlo constituye un engaño.

Sólo un esfuerzo organizado, con una dirección estable y a través de planes metódicos, con metas específicas, combinando la acción del Estado con la iniciativa privada, puede permitirnos resolver en un plazo razonable tan apremiantes y justificadas demandas. Para ello es indispensable adecuar todo el mecanismo en relación a nuestros recursos humanos, en técnica, mano de obra, y materiales, es decir, capitales, y la posibilidad de incorporar útilmente nuevas energías económicas y humanas procedentes del exterior.

El país ha llegado a un plano en que el margen de posibilidades dentro del cual puede actuar una dirección política, es muy determinado.

No parece que fuera el instante de imponer el pensamiento de un grupo político que represente uno u otro extremo ideológico o social. Un criterio de esta naturaleza conduciría, en las actuales circunstancias, a la reacción a de un grupo antagónico, al cual se sumaría una gran parte de la opi-

nión fluctuante, lo que conduciría en forma inevitable a paralizar al equipo dirigente o al trastorno.

Un gobierno sobre la base del predominio de los que poseen el capital y la tierra, provocaría una tremenda resistencia del pueblo, la inseguridad y el recurso de la fuerza para mantener un orden aparente e inestable.

Un gobierno revolucionario, como expresión exclusiva de los trabajadores, sería quemar etapas dentro de nuestra evolución, contradeciría los términos de nuestra realidad interna y las condiciones internacionales y provocaría resistencias poderosas y organizadas imposibles de dominar.

No parece ser éste el momento para tal pugna.

El país tiene que escoger entre el camino del asalto al poder o el camino democrático de una evolución progresiva.

El primero ofrece la transformación violenta y rápida de nuestras estructuras sociales y, en el hecho, el aplastamiento de los grupos antagónicos al que está en el poder. Los que tal sostienen se someten en apariencia al proceso legal en la conquista del gobierno, pero su interpretación clasista y excluyente conduce a un régimen antidemocrático.

Una posición de esta naturaleza sólo puede conducir a la clase trabajadora a una nueva derrota. Los que plantean esta tesis, siguiendo falsos esquemas ideológicos, cometen un error imperdonable que siempre ha llevado a resultados negativos, pues al desconocer las posibilidades reales, levantan pasiones, oscurecen los problemas, agitan, para fracasar inútilmente, todo ello fruto de la incapacidad de una conducción política que quiere ignorar los términos del problema.

El camino democrático, por su parte, no puede ser la repetición cansada e inconsistente de los viejos procedimientos de conquista del poder por el manejo del mecanismo electoral y de su demagogia casi inherente. Para convertirse en lo que es: la única posibilidad constructiva, debe resolverse a plantear ante el país un programa realista que pueda aglutinar a los elementos creadores que están latentes en Chile. Por ese camino se debe ir concreta y positivamente a una democracia que se sustente en una economía en expansión y en una participación orgánica del pueblo en los beneficios que de esta expansión se obtengan, o sea, una democracia que no sólo se defienda en el ámbito político, sino se afirme en lo social, de tal manera que la libertad sea el modo de alcanzar la justicia.

Si consideramos los problemas que es necesario afrontar: la imperiosa urgencia de recuperar moral y materialmente a la Nación, el recoger las

fuerzas que se desintengran y las bases económicas que imponen condiciones nacionales e internacionales muy determinadas, parece evidente que en los próximos años es una tarea de esta especie la que se define con nítidos contornos.

Para ello es necesario un acuerdo al cual pueden concurrir grupos humanos de la más diversa procedencia. No un acuerdo de aquéllos en que cada uno cede una parte y exige también una cuota, sino aquél que resulta de aceptar y cooperar en una tarea determinada, que se define y cuyos objetivos se aceptan de antemano y que son posibles de alcanzar.

* * *

En un dramático debate en la Asamblea Francesa dijo un día Mendes-France: "¿Cómo pensar que la Nación perderá el gusto por la Verdad, ahora que ella conoce su sabor amargo, pero siempre saludable?"

Creemos que el país desea probar este alimento.

Visitando la provincia de Cautín comprobábamos una información dada por la "Endesa" y es que allí sus habitantes consumen un término medio de energía eléctrica inferior al de la India y, en consecuencia, no pueden instalar una sola industria. Por otro lado, carecen de una red caminera, lo que detiene su agricultura, y por una legislación especial se ha llegado a que más de trescientas mil hectáreas, las mejores, den un rendimiento tan bajo que pueden estimarse nulas para la economía de la región y del país, porque allí no se abona, ni se mecaniza, ni se invierte.

Esa provincia, que es rica y debiera crecer, está detenida.

Si en vez de ofrecer vaguedades se le dieran a esa zona una central hidroeléctrica y caminos, y se incorporaran a la producción esas extensas áreas, se estarían creando los fundamentos para su progreso económico. Así, seguramente, se haría más por mejorar el nivel de vida de esos trabajadores, que con el ofrecimiento de cien mil pequeñas obras o la afirmación de que su porvenir está ligado a la entrega inmediata del poder y de la tierra a los campesinos, lo que puede servir para propaganda, pero resulta imposible cumplir en este momento.

Este ejemplo muy local sirve para demostrar cómo un plan de desarrollo económico puede ser, en un momento determinado y, unido evidentemente, a otras medidas, el paso más efectivo que pueda darse en una Nación para servir los intereses verdaderos del pueblo. Nunca el nivel de vida de éste será el fruto de una campaña demagógica de uno u otro color, ni de exageraciones verbales destina-

das sólo a despertar ilusiones como medio de crear místicas electorales que se derrumban al toque de las responsabilidades del Gobierno.

Es imprescindible comprender que los problemas, se están planteando en una nueva dimensión y que muchas clasificaciones han perdido sentido y oportunidad.

Las nuevas técnicas de producción están creando en el campo universitario e industrial nuevas generaciones de especialistas y la ciencia incorporada al campo industrial está imponiendo transformaciones de tan vasto alcance que implican una revolución en los procedimientos y son las primeras consecuencias de la era nuclear y la aplicación de los grandes descubrimientos científicos a la vida práctica.

El país que no se adecúa moral y mentalmente a estas nuevas situaciones, que no incorpore estas nuevas modalidades, por las cuales luchan todas las naciones en una verdadera cacería de los científicos y técnicos que exigen estos cambios substanciales, no podrá darle a sus pueblos las condiciones de vida que se derivan de estas nuevas ecuaciones, sobre las cuales se está montando la organización social y económica, no ya del porvenir, sino del presente.

Estas jerarquías de valores y preocupaciones debe estar en la mente de los que dirigen. El seguir usando un viejo y gastado vocabulario reflejo de ideas arcaicas puede traducirse en atraso y pobreza y resultar así tan anquilosados como los que quieren permanecer estáticos, los falsos revolucionarios que siguen pensando de acuerdo con la terminología de hace un siglo, porque una manera de pertenecer al pasado es no reconocer el nuevo curso vital.

La incorporación de estas técnicas, el abrir estos nuevos horizontes, el seguir la línea de batalla que plantean nuevos métodos de trabajo y producción, el adquirir los conocimientos y traer los hombres y los elementos que nos coloquen en este nuevo plano en que se abordan los problemas, ha dejado de ser una cuestión de derechas o izquierdas clásicas para constituir una cuestión de existencia.

Un estudio comparativo de lo que en esta materia están haciendo, no ya los Estados Unidos, Canadá, Australia, las democracias europeas, los rusos, los países nórdicos y algunos asiáticos, sino algunas naciones de América Latina, nos indica cuán urgente es que afrontemos este problema con todos nuestros recursos, dentro de una clara percepción de lo que puede ser para Chile no ver a tiempo dónde está y dónde puede quedarse.

Estas no son vagas lucubraciones: su atraso pue-

de significarle la pérdida de toda competencia, cara y escasa productividad y, en consecuencia, bajos salarios, miseria.

Es necesario sacudirnos de muchas estériles discusiones y mirar con otros ojos el porvenir. No hacerlo constituiría nuestra mayor derrota.

En ciertas etapas es necesario optar por unir las fuerzas creadoras para conquistar ciertos objetivos básicos que dicen relación con el porvenir y para ello aprovechar todos los recursos humanos.

Nadie podría afirmar hoy que esta tarea podría realizarla sólo el Estado, o la sola empresa privada, o prescindiéndose de la cooperación consciente del trabajo organizado y las Universidades. Es necesario definir la misión de unos y otros y contar con todos, con el empresario, con el trabajador y con una dirección que coordine, oriente, no entorpezca y sea capaz de proporcionar los elementos básicos.

Hay un trecho del camino que hoy no tiene definición dogmática, porque la realidad es demasiado visible para que se le ignore o se le quiera contener en un casillero determinado. Innumerables experiencias de otras democracias así lo están señalando y gracias a este criterio definido y flexible han logrado ellas su reconstrucción.

No hemos pretendido definir en estas páginas cada una de las tareas concretas por emprender, porque ello sería imposible en el espacio de un libro sin caer en generalizaciones. Ese tiene que ser el objetivo de planes específicos para no seguir usando frases que ya no se sabe qué contienen o qué esconden, y que todos emplean con distintos fines.

Estos planes específicos están tomando forma. Facilita su elaboración el que se han decantado muchas ideas y que, tanto en la actividad privada como en la estatal, a través de la formación universitaria de nuevas especialidades y el estudio de misiones u organismos internacionales, se ha acumulado un material precioso, que permitiría en Chile, tal vez como en ninguna otra nación de América Latina, tener una visión de conjunto y disponer de los antecedentes que asegurarían las mayores probabilidades de éxito a un plan orgánico de desarrollo económico.

Pero para todo ello es preciso definir el cuadro fundamental de las ideas que han de inspirar esta acción.

Ciertos principios centrales son necesarios para que el país pueda realizar estas tareas concretas y llegar a un plan que, aplicado con criterio estable y orientador, haga posible el aprovechamiento de todos los recursos y coordine la acción del Estado y del particular.

Esta es, a nuestro juicio, la responsabilidad del hombre político, si se da a esta expresión su auténtico significado, porque, cualesquiera que sean las interpretaciones, la verdad es que el problema fundamental sigue siendo el de la conducción política llamada a mirar el conjunto y no a dejarse arrastrar por consideraciones parciales y limitadas.

Ninguna sociedad organizada del Occidente, ni los pueblos que realizan transformaciones revolucionarias en el Oriente, han buscado para su dirección al gremio, al empresario o al militar.

Pero el político, para merecer el nombre y responder a lo que el pueblo exige de él, debe estar a la medida de la responsabilidad que le cabe.

El intento de definir algunas ideas centrales no es fácil. La vida política es exigente, en especial cuando obliga a los que en ella participan, como ocurre en la casi totalidad de los casos, a luchar duramente por vivir.

Sin embargo, con todas las limitaciones de tiempo y tranquilidad para perfeccionar la expresión de estas ideas, es imperativo intentarlo como una contribución a este constante debate en que el país está buscando un camino hacia el porvenir. Por la naturaleza de las materias que se trata hay un encadenamiento muy estrecho en los raciocinios y con ausencia de imágenes y de objetivos hemos trazado casi en esquema muchas ideas, que hubieran exigido una más extensa explicación.

Tenemos la esperanza de no ser interpretados a través del examen de uno u otro aspecto parcial sino que se las comprenda dentro de su contexto y sus necesarias consecuencias.

No hace mucho un destacado crítico citaba a Logan Pearsall Smith, quien escribió: "Más de una vez me ha complacido imaginar que habrá en algún punto gentes de buena sociedad que gustarán de este librito —estos pensamientos, si así puede llamárselos".

"Su gusto es exquisito. Habitan los palacios del gran siglo en un mundo de marfil y de porcelanas preciosas entre viejos muros de ladrillos y pilas-tras de piedras. Los veo en salones blancos y jardines azules llenos de pájaros. Hablan suavemente de mí y sus miradas me buscan. Aparto los ojos del retrato ridículo y disminuido que me devuelve el espejo del mundo para buscar consuelo y alegría en la imagen benévola que los suyos me envían —¿Quiénes son? ¿Dónde, en qué paraíso los encontraré jamás?— Puedo recorrer todas las calles y tocar todas las campanillas; nunca los descubriré. Sin embargo, para mí nada hay sino la gloria de su aprobación; para su llegada, que no

veré nunca, construyo y planto; para ellos sólo escribo en mi corazón este pequeño libro que no leerán”.

Nuestra aspiración es más modesta. No hemos escrito para estos seres imaginarios sino para otros más reales y más próximos: los que viven en este tiempo angustiado e inquieto, aman a su Patria, tienen hijos, sufren las ordinarias vicisitudes de sus existencias comunes. Con ellos uno se encuentra cada día, y el tiempo enseña a apreciar, especialmente entre los pobres, sus anhelos; su innato buen sentido, que es una forma de su tranquila sabiduría; sus virtudes sencillas y las grandes reservas de generosidad humana que guardan, y con cuán legítimo derecho aspiran a una existencia mejor, en una tierra con tan hermosos recuerdos y

abundantes recursos. Ellos piensan que podrían vivir con dignidad y alcanzar sin violencia una transformación de la democracia que signifique el derecho, no sólo a ser libres, sino también a participar de una manera justa de los beneficios que se alcanzan por el trabajo.

Este pueblo que en el pasado supo encontrar la fórmula política que le dió sitio y honra en una América sumida en la confusión política, se encuentra ahora al borde de una profunda crisis; pero también tiene en sus manos todos los elementos que, a un solo toque, pueden adquirir cuerpo y armonía. Con ellos es posible construir un orden social reflejo de ese equilibrio innato del chileno que sabe medir sus sueños para convertirlos en realidad.

EL DIALOGO CATOLICO CON EL EXISTENCIALISMO Y LA ETICA (*)

Por José Luis L. Aranguren

El libro **Sujeción y libertad del pensamiento católico** (1) constituye, a la vez, una excelente explicación de la Encíclica **Humani Generis** y una determinación clara y precisa de la posición de la Iglesia frente a los problemas actuales. Obra colectiva, se compone de diversos trabajos que consideran los principales aspectos de la Encíclica. Se abre con el artículo "Filosofía cristiana" y continúa con otros dedicados al "Existencialismo", "El conocimiento de Dios y las pruebas de su existencia", "La exégesis bíblica en el catolicismo", la "Indole de la historiografía bíblica", "El origen filogenésico del hombre" y la "Naturaleza y origen de los dogmas". Sus autores son los padres Alberto Hartmann, Juan B. Lotz, José de Vries, Carlos Wennemer, Pablo Overhage, José Loosen y Otto Semmelroth, todos ellos de la Compañía de Jesús. La obra merece un estudio atento al que, sin embargo, renunció aquí por la multiplicidad de puntos de vista que ella comprende. Tras recomendarla al lector, voy a tomar pie de una reflexión del padre Lotz para continuar, ya en el terreno de la ética concretamente, el diálogo general que él inicia con el existencialismo.

El padre Lotz es, junto con Bernhard Welte y Max Müller, uno de los escolásticos alemanes más atentos y abiertos a la filosofía actual. Las páginas que en este libro dedica a la "apropiación" de la verdad son muy notables. Pero es sobre todo el problema de la existencia y la esencia, tal como ha sido planteado por el existencialismo, lo que constituye el objeto de su artículo. Con buen acuerdo comienza por poner aparte a Heidegger: "La filosofía de Heidegger no es existencialista, sino ontológica, porque su tema principal es el ser, no el hombre ni la existencia." (2). Es verdad que cabe una lectura existencialista de **Sein und Zeit**, y de hecho esta lectura es la que ha provocado el existencialismo francés. Pero la intención filosófica del gran pensador alemán es muy diferente. La tesis capital del existencialismo es la de que la existencia precede a la esencia, de tal modo que la esencia es engendrada por la existencia en libertad, por la existencia que es libertad pura. El padre Lotz considera que esta afirmación existencialista es la exageración por el otro lado de la unilateralidad esencialista (filosofía griega, etcétera), y que sólo una síntesis de ambos puntos de vista puede ser satisfactoria. Esta síntesis se encuentra —añade— en la filosofía tradicional; pero

(*) Reproducido de "Cuadernos Hispanoamericanos", Madrid, Nº 65, Mayo de 1955.

(1) Albert Hartmann. *Sujeción y libertad del pensamiento católico* (La Iglesia ante los problemas actuales), Editorial Herder, Barcelona, 1955, 298 páginas.

(2) *Ob. cit.*, págs. 75-6.

esto no quiere decir, de ningún modo, que esté ya alcanzada en todos los aspectos (3). He ahí la justificación del diálogo con el existencialismo. El artículo del padre Lotz es, efectivamente, un diálogo con el existencialismo. En el curso de él oímos las siguientes palabras, que vamos a tomar como junto de partida para nuestra reflexión. Dicen así:

La comprensión total del hombre abarca dos cuestiones: la primera: ¿Qué es el hombre por su esencia? y la segunda: ¿Quién es el hombre por su existir concreto? Para esta segunda serie de problemas, la ética ofrece muchas sugerencias, que habría que examinar con mayor rigor y estructurarlas radicalmente en lo ontológico-metafísico (4).

He aquí aludido el gran problema del existencialismo y la ética, sobre el que quisiéramos escribir aquí algunas palabras. Que el existencialismo "tiene que ver" con la ética, es cosa que salta a la vista a cualquiera; y así en *Sein un Zeit* se encuentran, levantados al plano ontológico, una porción de temas morales. Y lo que es, tal vez, más aún: el existencialismo constituye, en sí mismo, la más grave y enérgica sollicitación de una **actitud moral**. Que esta actitud sea más "formal" que "material" y que, por tanto, tras el formalismo kantiano pueda y deba hablarse del formalismo ético existencialista, es tema en el que, pese a su gran interés, no vamos a entrar aquí, porque nuestro objetivo de hoy es poner en claro el valor positivo del existencialismo para la ética. La mayor parte de los pensadores cristianos que han estudiado el tema, por ejemplo Steinbüchel (5), no han pasado de generalidades. ¿Puede hablarse sobre esta materia con mayor rigor? Creo que sí. Para ello volvamos la vista a la relación entre la esencia y la existencia, tal como la concibe el existencialismo, y reflexionemos éticamente sobre ella. Por cierto, notemos, simplemente de pasada, que entre la filosofía de la existencia y la ética de la situación (6) hay un evidente paralelismo: el existencialismo rechaza una **esencia concreta conquistada por cada libertad existencial, existiendo**. Análogamente, la ética de la situación rechaza una norma an-

(3) *Ob. cit.*, págs. 105-6.

(4) *Ob. cit.*, pág. 109.

(5) Cfr. su librito *Existenzialismus und christliches Ethos*. F. H. Kerle Verlag, Heidelberg, 1948.

(6) La *Situationsethik*, tal como ha sido caracterizada por Pío XII en su discurso de 18 de Abril de 1952, se compone de cuatro ingredientes principales: moral de la situación estrictamente dicha, ética de los valores, asomos de subjetivismo moral y formalismo ético existencial.

terior a la situación; no hay más norma que la norma concreta hallada desde dentro de cada situación única, viviéndola. Pero dejemos esto.

La existencia precede a la esencia. ¿Qué significa, **éticamente**, esto? José Gaos lo ha dicho escueta y muy claramente, desde una actitud entre existencialista y orteguiana o tal vez, en el fondo, también unamuniana:

Puede decirse que el ir viviendo o existiendo consiste en ir haciendo cosas no sólo materiales, sino in-materiales y al ir haciendo las unas y las otras, ir haciéndose cada cual a sí mismo; y que lo que cada cual va haciéndose, es lo que va siendo; o que cada cual va confeccionando con su individual existencia su esencia individual, hasta perfeccionarla en la muerte (7).

Aquí ya hemos ganado una mayor precisión con vistas a nuestro problema. Ya no se trata de solemnes formulaciones abstractas. Vamos viviendo, va transcurriendo nuestra vida; pero lo verdaderamente importante desde el punto de vista ético no es **lo que pasa**, sino **lo que queda**: no la vida, no esa existencia que no sabemos—o no saben—de dónde nos viene, sino lo que con ella hemos hecho.

Así, pues, parece haber **una** esencia—no **toda** esencia—que **sí** es conquistada a través de la existencia: la esencia ética de cada cual. Por donde resulta que no es, simplemente, que el existencialismo "tenga que ver" con la ética; es su tesis central, en lo que tiene de verdadera, es una tesis ética. El padre Díez-Alegría ha visto con justeza esta positiva dimensión moral del existencialismo. Léanse a este respecto, ponderándolas bien, las siguiente palabras suyas:

El pensamiento moderno tiende a denominar esencia, no aquello originario, común y necesario, que constituye el ser del hombre en cuanto hombre, sino aquello que constituye la distintiva personalidad de cada hombre, aquello que lo cualifica y lo valora: el ser traicionero de Judas o la santidad de Francisco de Asís. Eso es el hombre. Eso es cada hombre. El resultado de su trayectoria vital, tejida libremente por él, bajo la mano providente de Dios, que lo solicita y lo sostiene (así ha de completar el pensamiento cristiano la noción del hombre artífice de su propio destino). En este sentido hay que decir que la esencia se forja en el existir histórico del hombre, y que es posterior a la originaria existencia del mismo. Pero esta originaria existencia no es absolutamente in-

(7) *En torno a la filosofía mexicana*, t. II, págs. 41-2.

determinada. Tiene su especificidad propia, reconocida por los mismos existencialistas bajo la denominación de "condición humana". Así, pese a las profundas revisiones a que hay que someter a los diversos existencialismos..., es preciso afirmar que la idea clásica de esencia no está totalmente ausente de ellos (8).

Hay, pues, de una parte, y reconocida en algún modo por los propios existencialistas, la esencia previa a la existencia. O dicho con mayor rigor y sin relentes platónicos, y por usar una expresión de Zubiri, la existencia es siempre (excepto en Dios) modalizada y no el abstracto "empuje" del existencialismo. Hay, de otra parte —lo acabamos de ver— la **esencia ética**, la esencia forjada en el existir concreto de cada cual. Procuremos ahora ver un poco más de cerca en qué consisten la una y la otra; sobre todo la segunda, que es la que nos importa aquí.

La "condición humana" es, por de pronto y ante todo, "naturaleza" humana. La "existencia", la libertad, no se levantan sobre sí mismas sino que están, a la vez promovidas y condicionadas por la constitución psicobiológica del hombre, por la estructura inconclusa de las tendencias o "ferencias" que, como ha hecho ver Zubiri en análisis muy precisos, sería impertinente tratar de reproducir aquí, coloca al hombre, existivamente, en "situación de libertad", en la necesidad de llevar a cabo "preferencias".

Pero la "condición humana", además de "natural" es histórica y, por ende, ética. En los primeros años de nuestra vida, todas las perspectivas estaban abiertas, y el número de posibilidades era prácticamente ilimitado. A medida que, vamos prefiriendo posibilidades y dándonos realidad, vamos también conformando nuestra vida según una orientación, y dejando atrás, obturadas o al menos abandonadas, otras posibilidades. Por otra parte, nuestras virtudes y nuestros vicios nos automatizan nos inclinan a unos actos o a otros: el virtuoso se protege del pecado con sus virtudes, y, por el contrario, el vicioso es empujado hacia él. De este modo, el campo de la acción plenamente libre se va estrechando a medida que pasa la vida. Nuestra libertad actual está condicionada por la historia de nuestra libertad, anterior a esta decisión que querríamos tomar ahora y que tal vez es ya demasiado tarde para que la podamos tomar. El hombre se va así enredando en su propia maraña, en la red que él mismo ha tejido. La libertad está **hic et nunc** comprometida siempre; no hay una libertad abstracta.

(8) *Ética, Derecho e Historia*, pág. 173.

El condicionamiento de la libertad es, pues, triple: condicionamiento psicobiológico, porque la libertad surge y pende de la naturaleza; condicionamiento por el **situs**, por la situación, pues ésta nos arrebatada una porción de posibilidades y nos abre otras. Cada hombre **pudo haber sido** muy diferente del que **es**; pero pasó ya la oportunidad, el **kairós** para ello. Y, en fin, en tercer lugar, condicionamiento por **habitus**. Los hábitos que hemos contraído restringen nuestra libertad, nos empujan a estos o los otros. Virtudes y vicios son cualidades **reales**, impresas en nosotros. Al incontinente de toda la vida le es ya casi imposible dominarse; pero pudo haberlo hecho a tiempo. Los hábitos fueron voluntarios en cuanto a su generación, aun cuando ahora no lo sean (9). Por eso, la responsabilidad principal recae no sobre el **acto** cometido hoy, sino sobre el **hábito** contraído ayer, que nos inclina a aquél. La vida moral es una totalidad indivisible.

La naturaleza, el hábito y la situación cercan triplemente nuestra libertad actual. ¿Pueden llegar a anularla? No. La libertad está inscrita en la naturaleza; pero, en mayor o menor medida—no todos los hombres disponen de igual **fuerza** de libertad, de igual fuerza de voluntad—, la trasciende siempre. Y justamente en este ser "transnatural" es en lo que consiste ser hombre. La situación concreta ocluye, ciertamente, muchas posibilidades; pero abre, en cambio, otras. El hábito es verdad que quita libertad actual, pero también la da: gracias a la fijación cuasimecánica de una parte de la vida, a la creación de una serie de automatismos, puede el hombre quedar disponible y libre para lo realmente importante. Por otra parte, en un nivel más elevado, el problema práctico de la ética normativa consiste en convertir las decisiones en tendencias, es decir, en virtudes. Es verdad que también hay un problema negativo, el de los vicios. Pues: a esto hay que contestar, con Santo Tomás: primero, que el acto vicioso es peor que el vicio, de tal modo que somos castigados por el primero y no por el segundo, en tanto que éste no pase al acto (10); y segundo, que aun cuando el hábito incline casi como la naturaleza, siempre hay remedio contra él, porque ningún hábito corrompe todas las potencias del alma, y así, por lo que queda de rectitud en las potencias no corrompidas, el hombre puede ser inducido a proyectar y hacer lo contrario del hábito (11). Es verdad que el niño podía serlo todo, en tanto que el viejo no puede ser ya casi nada nue-

(9) *Eth. Nic.*, III, 5.

(10) *Summa Theologica*, I-II, 71, 3.

(11) *De Veritate*, 24, 10.

vo. Y, sin embargo, "mientras siga viviendo... aún es tiempo". Nos cuesta trabajo creer que pueda ya remover sus inveterados hábitos. Pero, tal vez merced a una especial Misericordia, un acto que, psicológicamente hablando, no podría ya desarraigar, un hábito hecho carne, pone punto final a la vida y ahorra la recaída, humanamente inevitable. Por poca energía, por poca libertad que nos quede ya, siempre nos quedará la suficiente para decir ¡no! al pasado, proyectar una vida nueva... y morir acto seguido. La libertad surge de la naturaleza, pero no vuelve nunca enteramente a ella.

A la vida venimos, pues, con una "naturaleza", con un "haber" o *ousía* sustantivo. A lo largo de la vida vamos conquistando una "segunda naturaleza", un modo de ser *connaturalis secundum habitum* (12), un carácter, como dice Zubiri; un "haber" por apropiación, una *ousía* superstante, y esto es lo que importa desde el punto de vista ético. Ahora comprendemos bien el reproche que debe hacerse lo mismo a la filosofía de la existencia que a la ética de la situación. El hombre no es nuda existencia, sino, como dice Zubiri, "esencia abierta". Viviendo conquista un *ethos* personal, incanjeable con ningún otro, único y físicamente real. (Tal es el sentido fuerte, el sentido pleno de los vocablos que clásicamente ha empleado la ética: *ethos, mos, héxis, habitudo, areté, virtus, vitium*. Y Zubiri suele aconsejar, para que se comprenda la "realidad" del vicio, que se piense en la acepción de esta palabra en expresiones tales como, por ejemplo, "el vicio que ha escogido esta puerta".) Es, pues, *a posteriori*, no *a priori*, donde ha de buscarse la individualidad concreta: cada cual cumple unas mismas normas, válidas para todos; pero las cumple siempre "a su manera". Y obrando este bien libre, el hombre va obrándose a sí mismo, dándose figura moral.

El carácter, éticamente considerado, es la personalidad moral; lo que al hombre le va quedando "de suyo" a medida que la vida pasa: hábitos, costumbres, virtudes, vicios, modo de ser; en suma, *ethos* (13). La tarea consiste en llegar a ser lo que se puede ser con lo que se es, o, como decía Aristóteles (14), en que, como el buen zapatero, saquemos el mejor partido posible del cuero, bueno o malo, que nos ha correspondido, que nos ha sido dado. El *ethos* va siendo definido a través de cada

uno de los actos humanos. La apelación, frecuente hoy, a "la vida en su totalidad" suele no ver con claridad esto. Con cada nueva posibilidad que nos apropiamos, con cada actualización de un vicio o una virtud, describimos, corregimos o subrayamos un rasgo de nuestro carácter, contribuimos a definir nuestra propia esencia.

Pero esta esencia, mientras dura la vida, permanece siempre abierta y modificable. No sólo eso, sino también "provisional", "indeterminada". Precisamente por ser la bondad objetiva, real y no meramente pendiente de nuestra buena intención, nunca podemos acabar de saber, en esta vida, si somos o no los buenos arqueros que han alcanzado el blanco. Mejor dicho: no es que no sepamos si hemos alcanzado el blanco o no; es que no lo hemos alcanzado. Todo está, todavía, en cuestión.

¿Cuándo queda definitivamente definida nuestra esencia ética? Xavier Zubiri ha puesto de manifiesto que el tiempo no es sólo duración, como pensaba la filosofía clásica, y que tampoco la comprensión heideggeriana del tiempo como futuriación agota su esencia, sino que el tiempo posee una tercera estructura: el emplazamiento. La vida es constitutivamente emplazamiento, plazo. **Los días del hombre están contados**, y este hecho coloca éticamente al hombre, al limitado plazo de que dispone y a lo que, mientras dura, hace, en una luz completamente nueva. El tiempo comprendido como futuriación y proyección puede encontrar su punto final en el fracaso, pero no en la muerte. Sólo se puede entender la vida como mortal desde la estructura del emplazamiento.

La vida, así considerada, consiste en un "mientras": "mientras seguimos viviendo", según la expresión de Zubiri. Pero ¿hacia dónde seguimos viviendo? Expresado negativamente, hacia la muerte. Expresado positivamente, hacia la definición de nosotros mismos, de nuestra esencia ética.

Antes hemos dicho que la vida, mientras dura, por muy endurecida, por muy empedernida, por muy obstinada que esté, es siempre reformada, aunque sólo sea para endurecerla más. Cada una de nuestras acciones es *definitoria* de nuestra personalidad. Definitoria, pero, como dice Zubiri, no *definitiva*. Definitiva no hay más que una: la del instante en que queda definida para siempre la figura de felicidad que hemos elegido, que hemos preferido. Y la sanción no consiste sino en hacer que el hombre sea plenamente, y para siempre, aquello que ha querido ser; en que la figura física y moral de felicidad quede ya irreformable; en que la vida se transforme en destinación eterna. "Ce qu'il y a de terrible dans la Mort, c'est qu'elle trans-

(12) *Summa Theologica*, II-II, 156, 3.

(13) Sobre el *ethos* como objeto material de la Ética, cfr. el estudio del autor "La Ética y su etimología", publicado en la revista *Arbor*, núm. 113, Mayo de 1955.

(14) *Eth. Nic.*, I, 10, 1101 a, 4-5.

forme la vie en Destin", ha escrito Malraux (15). Pero para el cristianismo, este destino no es inexorablemente impuesto —*fatum, heimarméne*—, sino libremente decidido. En este sentido ha dicho Zubiri que llevamos en nosotros mismos cielo e infierno, que la gracia y el pecado son, en potencia, el cielo y el infierno.

El alma del pecador, al quedarle inmovilizada con la muerte la voluntad, que estaba puesta en la aversión a Dios— pues en esto consiste fundamentalmente el pecado mortal—, "elige" su condenación, que no es, en esencia, sino la privación absoluta de Dios. El destino del pecador es su empecamiento sempiterno.

El hombre queda unido para siempre a aquello a que estaba abrazado al morir. Ligado no sólo a

(15) *Apud Sartre: L'être et le néant*, pág. 156.

la felicidad en común, como lo estuvo de por vida, sino también a aquella especial disposición —"*qualis est unusquisque talis et finis videtur ei*"—, dice Santo Tomás, con palabras traducidas de Aristóteles— apropiada en vida, y por la cual desea esto o aquello bajo razón de felicidad (16). Esta **deposición** de que habla Santo Tomás es el **ethos**, la **esencia** conquistada en la **existencia**, de que hablan los existencialistas. No la "naturaleza", tampoco la "vida", sino lo que, viviendo, hemos hecho —bueno o malo— de nosotros mismos. En último término, **el objeto formal de la Ética**.

(16) *Summa contra Gentes*, IV, 95.

A LA LUZ DE LOS INCENDIOS *

Gustavo J. Franceschi

Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen (Evangelios). Es muy fácil hacer salir a las gentes de sus casas, es muy difícil hacerlas volver a ellas (Casimir Perier).

Allá muy a lo lejos, en los espacios de la historia, diviso una llamarada. Más de diecisiete siglos me separan de ella. En Salónica, los cristianos contemporáneos de Diocleciano y Galerio, envalentonados por la dilatada paz, habían construído un templo, el primero edificado al aire libre. Y la persecución había estallado, una nueva época de mártires se abría, y el templo ardió, anunciando la era de sangre, y despertando a los fieles de la casi modorra que los oprimía. Desde aquella fecha hasta nuestros días tiéndese una larga y nutrida cadena de iglesias profanadas, asaltadas, incendiadas, destruídas, reducidas a escombros o pavesas. Pero la Iglesia, con mayúscula, el Cuerpo Místico de Cristo, no fué destruída. Así como Jesús, en su marcha hacia el Calvario, a lo largo de la ruta había dejado un reguero de sangre, así la Iglesia había ido dejando parte de sus bienes, de sus edificios, de sus altares, de sus sacerdotes, de sus hijos: todo eso era como su sangre. El Maestro se lo pronosticó: no sería, en el andar de los siglos,

(*) Reproducido de "Criterio", Buenos Aires, N° 1239, 14 de julio de 1955.

tratada de manera más benigna que su Fundador, y Este había perecido en una cruz...

Lo que ahora en nuestro país importa ante todo es no perder la serenidad, no dejarse invadir por sentimientos de odio, no soñar por un solo instante con venganzas, y meditar hondamente acerca de lo que significan los hechos acontecidos. Diez templos no arden en Buenos Aires, ni es quemada la Curia Metropolitana sin que de todo ello quede una lección. Sea ella provechosa a los católicos.

Ante todo, es necesario que nos despojemos de esa vanidad en virtud de la cual creíamos que acontecimientos de esta categoría podían sobrevenir en Alemania, Italia, Francia, España, u otros países cultos, pero entre nosotros ¡nunca! Repetíamos inconscientemente la palabra de San Pedro: "aun cuando todos te negaren, yo no". Sin embargo, él fué infiel al Maestro. Sólo Dios sabe cuáles son los méritos y cuáles las culpas de cada hombre y de cada grupo, cristiano o no; sólo El puede medir los premios, los castigos, las advertencias que hacen falta. A nosotros, antes los desastres habidos, corresponde la humildad: quizás no hayamos hecho el mal, pero tampoco todo el bien necesario;

no nos hemos despegado de todas nuestras rutinas, de nuestra superficialidad, de nuestros sentimentalismos demasiado humanos, de una religiosidad aburguesada, apoltronada, comodona. Los templos incendiados humearon hasta comenzado el día viernes, y durante esas horas aciagas fueron recogidos por la policía más de cien sacerdotes, y con ellos dos obispos, quienes fueron puestos en libertad casi comenzado el día sábado. Pero más grave que este hecho es el siguiente: en la tarde de ese sábado, y luego por la noche, los cinematógrafos se vieron asediados por una infinidad de clientes para quienes todos los acontecimientos habidos no significaban nada. No dudo de que entre ellos había muchos bautizados, que han sido educados cristianamente, han hecho la primera comunión, y oyen misa más o menos cada domingo. Nadie, en esa multitud, ha concebido que después de tan horribles y numerosos sacrilegios, después de tanto muerto y tanto crimen contra Dios y contra los hombres, se imponían siquiera veinte y cuatro horas de recogimiento, de meditación, de unión con los dolores de Cristo que padecía en su Iglesia. En nada de esto pensaron, se dejaron devorar por el prurito de ver una novedad cinematográfica, antepusieron, al pie de la letra, el mundo a Dios. Esa inconsciencia enorme revela un grave defecto de formación, que se manifiesta de otras muchas maneras, y que nos demuestra con evidencia la necesidad de una explicación más profunda de los misterios cristianos, y de una meditación más intensa de los mismos. Nuestros templos fueron convertidos en teas materiales por bandas de incendiarios; quiera Dios que sean constantemente antorchas para iluminar a las almas en la noche pavorosa de nuestra época.

Pienso en esas bandas de incendiarios. ¡Pobres! ¿De dónde salen? ¿Quiénes los explotan? Los conozco, porque he sido capellán de cárcel y porque me he ocupado de los hogares menesterosos. En cada ciudad de alguna importancia existe un bajo fondo compuesto de tenebrosos, redobloneros, rateros, carteristas, hombres de avería, estafadores, vendedores de estupefacientes e inmorales de toda categoría. Si alguna circunstancia les permite emplear libremente sus mañas, si hay quienes los incitan y al mismo tiempo les aseguran la libertad, todas esas gentes se lanzan a la aventura, y fiadas en la impunidad multiplican los actos del delincuencia. Lo acontecido con las iglesias porteñas es la obra inmediata de esa "teppa" como la llaman los italianos de ese bajo fondo, totalmente amoral, sin sensibilidad, sin instrucción, con olor a despacho de bebidas, que vive de las mujeres, del juego

y del robo, la que llegada la hora sirve de instrumento a los que verdaderamente odian. En esa multitud, verdaderamente numerosa, pues suma millares de seres que debieran ser humanos, no encontraréis ideal de orden alguno; lo que anhelan es poco trabajo, buena retribución, y mucho fútbol; no les interesa la bandera de la patria, sino la de Racing o Boca; individualmente son cobardes, colectivamente son temibles, no les pasa por la cabeza el ingenio sino la "cachada", no sueñan con una esposa sino con una "mina", no tienen amigos sino que forman parte de una "patota" o de una "barra", odian el baño y tienen el culto de la melena larga, les molesta la casa y no viven con placer más que en una "catrera"; pasados los cuarenta años serán carne de prisión, de hospital... y quizás de manicomio, si no mueren, como los he visto, en un rincón de conventillo, asistidos de limosna por alguna vecina, inconscientes ante la exhortación final del sacerdote. ¿Cómo no ha de prestarse esa mezcla de malos instintos a los juegos de la politiquería de baja estofa, cómo no han de ser utilizados esos "hombres de acción", llegado el caso, para incendiar templos o asesinar adversarios? He aquí los inmediatos ejecutores de las enormidades del 16 de junio, enormidades en las que ellos han dejado su marca propia: no sólo el incendio y el sacrilegio, sino el robo. Se han saqueado no sólo iglesias, sino armerías y también joyerías, y hasta confiterías donde fueron hurtados tapados de mujeres: las víctimas principales fueron los templos, pero no ellos solamente. El héroe de la infamante hazaña fué el "malevaje", pero más o menos inconsciente de su barbarie, y dirigido por conductores que no pertenecen a su clase.

Mas —permitaseme expresar mi pensamiento con toda franqueza—, ¡cómo no sentir lástima por esos **malevos!** Véase en qué hogares han nacido: una mala habitación en una casa de vecindad, o una choza de tablucas y latas viejas en una vaga zona de suburbio, hacinados padres e hijos en un ambiente apestoso, en donde no cabe una sombra de separación de sexos, ni de educación moral, ni de delicadeza en el trato, ni de respeto entre familiares, ni de cultura intelectual, ni de nada que se parezca a civilización digna de un hombre. ¿De qué les ha valido la escuela? Un poco leer, escribir y contar, he aquí todo lo que les queda; basta interrogar a estas gentes para ver que han olvidado todo lo demás. Antes, cuando se daba una enseñanza religiosa, casi siempre deficiente tanto por la forma cuanto por el fondo, a pesar de todas esas fallas les quedaba el concepto de que tenían un alma, de que había un Juez Supremo a cuya sentencia no

podían escapar, algo en fin, sobre qué regular la conducta, que no fuera el temor al policía de la esquina. Pero esto también ha desaparecido, por lo visto estaba de sobra, y ahora esa juventud pobre, libre de toda traba espiritual, podrá dar a las generaciones futuras el ejemplo de un malevaje insuperado. Pero...

Pero ¿hemos hecho nosotros, sacerdotes y cristianos, todo lo que podíamos para que esos malevos no fueran lo que son? ¿Hemos ido hasta ellos, nos hemos aproximado a sus miserables hogares, hemos vencido nuestras repugnancias y nuestros prejuicios, hemos **servido** a esos pobres como Cristo nos lo pedía? Había en tales infelices, como en todo niño, gérmenes de bondad, posibilidades de virtud, siquiera de virtudes naturales: veracidad, caballerosidad, justicia, qué se yo. Hoy constituyen el azote de nuestro país, pero habrían podido ser una base de su grandeza. Ya sé que hay quienes voluntariamente los han pervertido. No los busquemos exclusivamente entre los políticos: los hallaremos también entre los maestros de irreligión, entre los cinematografistas procaces que ganan su pifanza exhibiendo cintas impúdicas, entre los periodistas que difunden el relato de crímenes y torpezas para atraerse clientela, entre los empresarios del vicio y de la vaciedad moral: éstos son los fabricantes, aquéllos los aprovechadores. ¿Hemos hecho todo lo necesario para equilibrar, para vencer la acción de todos esos malhechores espirituales? ¿No nos hemos creído todavía a mitad del siglo XIX, no nos hemos perdido en una rutina carente de alma, o en una burocracia mecánica, que reemplazaba los hombres por expedientes? Nuestras culpas ¡claro está!, son distintas en género de las que pesan sobre los incendiarios de templos, pero existen, y llevan tanta importancia que parte de éstas provienen de aquéllas. Si alguien se ofende por mis palabras le pido perdón, pero no puedo retractarme porque digo no más que lo que pienso, y soy el primero en golpearme el pecho.

Los incendios han dejado ver en sus detalles, no sólo un plan preestablecido de destrucción, sino un odio y ensañamiento en las formas del sacrilegio que dan mucho que pensar, y al mismo tiempo un afán de robo que muestra la bajeza moral de los ejecutantes. No lograron profanar hostias consagradas, porque ellas habían sido retiradas de los sagrarios; pero los vasos sagrados fueron convertidos en orinales, las estatuas de la Virgen fueron degolladas, sin duda en odio a la pureza, los Cristos fueron despedazados y quemados, las casas parroquiales fueron saqueadas, llevándose los ladrones cuanto creían de provecho. Desde el punto de vista de la historia nacional fueron quemados los

edificios más antiguos de la ciudad: San Francisco, Santo Domingo, San Ignacio y La Merced, los archivos que contenían documentos irremplazables de nuestro pasado, y las obras insignes de arte que había en los templos antiguos: ¿qué podía importar todo ello a ese malevaje para quien la patria no es más que el dinero que logran y su ideal es la "china" que les sirve de concubina transitoria? Es que la propaganda destructora se ha realizado impunemente durante muchos años, y nuestra predicación se ha reservado para Hijas de María y otras señoras piadosas. Desde la época remota, veinte años ha, en que pronunciábamos conferencias en las calles de los suburbios, no se ha hablado más que en los templos u otros lugares que no se hallaban al alcance del pueblo. El odio a Cristo, al sacerdote, a todo lo sagrado, ha logrado esparcirse libremente, se ha podido, ¡y desde qué tribunal! presentar lo religioso como cómplice del capitalismo; recientemente todavía se ha mostrado, sin ser contradicho, a la Iglesia como sustancialmente vinculada a los grupos políticos. Pienso en esas reuniones que celebraba hace un año el pastor Hicks; había católicos que se reían de ellas: no comprendían su alcance, no veían que ingentes masas populares buscaban fuera del catolicismo y aún contra él una idealidad cualquiera, que fuera **materialmente** útil, que curara las enfermedades, es decir que estuviera orientada hacia el tiempo y no hacia la eternidad, y de esta manera constituía la negación del concepto religioso que es esencialmente espiritual. Todo esto, y muchísimo más que podría señalar, indicaba peligros inminentes, infinidad de almas apartadas sobre las que no se inclinaba ningún apostolado verdaderamente eficaz. No se trata de saber si la Iglesia mantenía su dignidad exterior sino si era verdaderamente, en el sentido estricto que le daba San Pablo, **omnia omnibus**, todo para todos, si sus fieles amaban a sus hermanos, esto es a todos los hombres, con el mismo amor de Cristo, con el mismo vigor con que en estos días ha reinado el infierno en las calles de nuestra ciudad.

Verdad que se ha producido una reacción: las multitudes se han volcado a visitar las iglesias incendiadas, hombres y mujeres incontables se han espantado ante la barbarie que ello significaba, se han producido numerosísimos acercamientos a Cristo; en todos los templos subsistentes se han multiplicado las comunicaciones, se ora como hace mucho tiempo no se lo hacía. Los católicos nos hemos sentido muchedumbre, comunidad, y esto es capital para la vida de la Iglesia. Pero habrá que impedir a toda costa que domine la nota de pura sentimentalidad, como también que la religión se mez-

cle con la política. Y aquí permítaseme ser completamente franco.

El hecho de que la crisis religiosa se haya unido **en el tiempo** con una revolución ha traído como consecuencia que ambos acontecimientos se unieran también **en el espíritu** de muchas gentes. Para mostrar la vacuidad de este modo de ver hasta recordar que la lucha antirreligiosa venía diseñándose desde años atrás, y que desde octubre pasado se inició no sólo en discursos sino en realidades. En cambio todo lo que sabemos de la revolución nos indica que su preparación es de fecha muy posterior. Puede ser, aunque no hay constancia de ello, que algún grupo particular de católicos haya colaborado por su cuenta al movimiento, pero es seguro que no lo hizo institución oficial alguna del catolicismo. Podrá ser lícito a un católico, como a cualquier otro ciudadano, participar en una revolución, pero ello será **en virtud de su carácter de ciudadano**, mas no **por adherir al dogma católico**. Entonces el que una manifestación de hombres y mujeres, que se proclaman católicos o vienen de una iglesia, sin conocimiento ni acuerdo de la autoridad eclesiástica, más aún con desagrado de ésta, hayan paseado calles haciendo conocer su adhesión al movimiento revolucionario o a tal o cual grupo del mismo, es un gesto que no compromete más que a quienes lo realizan. Ha habido, preciso es reconocerlo, algunas actividades vocingleras y ruidosas de católicos; pero ellas, que son fruto de la ingenuidad, de la precipitación, de los pocos años y del escaso criterio de sus autores, no representan el auténtico pensamiento de la Iglesia ni de la Jerarquía católica. Ni son éstos procedimientos católicos, que no admiten el grito provocador ni la altivez desafiante, sino la plegaria, la afirmación serena de la fe, y cuando llega el caso el martirio. No somos un partido político, ni el entusiasmo provocado por esas actitudes más o menos tumultuosas posee verdadero valor espiritual. Por lo demás, es preciso reconocer que cuando ciertas libertades hu-

manas han sido por largo tiempo comprimidas, las reclamaciones para recuperarlas puedan llegar a cierto grado de violencia, y no debe sorprender que las manifestaciones para recobrarlas se extralimiten.

Deseamos que Cristo reine, pero no como los viejos milenaristas a manera de un monarca temporal; si de otra manera pensáramos estaríamos por debajo de los conceptos budistas. "El Reino mío no es de este mundo", nos ha dicho el mismo Jesús, y no habremos de construirlo por medio de la fuerza, sino por medio de la vida espiritual. La Edad Media, cuyos místicos penetraron tan hondamente en el Evangelio, difundieron una imagen de Cristo Crucificado que no llevaba corona de espinas sino de emperador, para indicar que por este cruento camino había tornado sensible su autoridad infinita sobre toda la creación, y fijaron en un himno de Semana Santa esa verdad: **regnavit a ligno Deus**. "Dios reinó desde un madero". Es ridículo soñar que pueda reinar de otro modo el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia. Ante la tragedia de estos días, ante esos templos que en cierta manera representan también a Cristo puesto en Cruz, es necesario que comprendamos los deberes de la vida cristiana. Y ello no consiste en la ruidosa manifestación de un día sino en la adaptación de la vida ordinaria y cotidiana a las normas dictadas por Cristo y a su impregnación por la Caridad.

Entre los escombros de la Curia Metropolitana, en un apartado corredor, se ha encontrado un busto medio quemado de Cristo que lleva, desde que fué esculpido, esta inscripción: **Ecce Rex vester**, "He aquí vuestro Rey". Es el **Ecce Homo**, el Cristo del Pretorio de Pilatos, el de la Pasión humillante y dolorosa, no el del Tabor, y ni siquiera el de Belén. Desearía que todos mis hermanos en la fe comprendieran que a esta hora no podemos tener otro Rey, es decir otro regidor y jefe que el doblemente torturado: por los contemporáneos de Judas y por los incendiarios de Buenos Aires.



Tomás Mann

Con Tomás Mann, desaparece una figura, cuya elevación viene no sólo del valor intrínseco de su obra literaria, sino también como espíritu rector para nuestras generaciones.

Humanista, en cuanto nada que proviniese del hombre le fué ajeno ni escapó a su mirada sondeadora de profundidades, en él cobró vida y renovado sentido todo lo que el hombre adquirió en tránsito terrestre. Decir profundidad, en Mann, fué más que entrar hacia lo hondo del presente: también se introdujo en una hondura temporal, retrocediendo en el tiempo, para captar desde su raíz lo valioso del hombre.

Todo ello, en el más noble estilo, y dentro de una grandeza espiritual pocas veces superada. Cruzó este tiempo del desprecio y la pasión, con amor y comprensión. No odió al hombre, ni aún cuando le vió en sus mayores errores, sino que sufrió en su espíritu ampliamente comprensivo, los desvíos de su época y de su pueblo.

Su señorial actitud, producto de su altura espiritual, estaba teñida por la leve melancolía de quien sabe de la flaqueza humana, y de la grandeza de su trágica y tensa posición en el mundo de la historia.

Supo del sentido del límite y las reducidas posibilidades del hombre, y vió donde el creador debe detenerse, en vez de hurgar con mano irreverente en la zona de misterio en que no nos es lícito pronunciarnos.

Tuvo sensibilidad alerta para sentir la presencia de lo demoníaco y turbulento en el alma humana, y de la terrible y seductora atracción que ofrecen. El problema del tentador corre a lo largo de su obra. Pero supo que el hombre es espíritu, y debe dominarlas, incorporándolas en una síntesis superior de cultura.

En un tiempo en que la desatada fuerza del instinto parece dominar el mundo, sostuvo el tradicional fervor del europeo por la razón, y señaló implacablemente los cauces por los cuales adviene la fuerza corruptora.

Comprendió desde su grandeza de artista, el valor del hombre cotidiano, en que se basa la estructura de este mundo, y en que las conquistas del artista se hacen carne y perduración.

Rendimos reverente homenaje a esta gran figura. En ella, las más altas virtudes de una Europa

que es nuestra patria espiritual fueron proyectadas bajo la forma de una de las más grandes creaciones artísticas de todos los tiempos.

La última comedia

Volvamos otra vez a la pomposa y engañosa "Conferencia Latinoamericana por las Libertades".

Ella se desarrolló como era previsible. Durante tres días, hubo supuestos debates democráticos cuyo carácter y alcance nadie todavía conoce. El Comité Patrocinador, denunciado en sus maniobras de proselitismo unilateral, continuó impertérritamente su labor hasta el final. Les interesaba hacer una Conferencia, aunque no tuviese importancia real alguna. La hicieron. Para conseguirlo debieron practicar, a última hora, la característica operación de encanallar a los no conformistas. El Presidente de la Cui se prestó a ello después de haber observado antes una actitud digna. La Conferencia tuvo, pues, lugar con asistencia de diferentes organizaciones y personas. Entre los extranjeros, todos o casi todos, eran absolutamente desconocidos. Entre los chilenos había, por cierto, algunos de indudable prestigio y solvencia ideológica. Entre los otros, la mediocridad y el espíritu de satélites incoloros dominaba ampliamente. Los partidos políticos, algunos centros estudiantiles, ciertos gremios parecieron, en un momento dado, levantar el nivel de la Conferencia. Sin embargo, nadie llegó a ella con verdadero interés. Más bien parecía que se trataba de cumplir una pesada obligación social de la cual era imposible librarse. En eso cayó, por ejemplo, el Partido Liberal que explicó su intervención y, para no desmentirse, anunció la presencia de algunos de sus personeros. Más aún, envió representantes a la sesión inaugural. Mas, sólo de visita. Llegaron, hablaron y se fueron. La concurrencia los aplaudió estruendosamente. ¿Por qué? Su calidad de "manchesterianos" daba a la Conferencia, el respaldo que ella necesitaba. Se dijo también que habría una gran discusión democrática y que se examinarían todos las proposiciones. La delegación liberal presentó, de acuerdo con ese espíritu libérrimo, algunos votos.

Todo pasó rápidamente. La Conferencia que habría de tener una resonancia mundial fué a clausurarse en un teatro reservado más bien al bataclán. Allí actuaron los actores que habían permanecido ocultos. Los delegados extranjeros muestra-

ron ahora su verdadera filiación política. El Comité Neruda, muy callado antes de la Conferencia, se presentó con todo su elenco. En suma, fué una fiesta del Partido Comunista, lo que debió ser un torneo para educar a los pueblos en la democracia. Nadie pregunte por las conclusiones. Son cuatro palabras "históricas" sin más resonancia que la de haber sido publicadas en "El Siglo". Nadie pregunte tampoco por los votos liberales...

A la victoria estratégica del Comité Patrocinador, se agregó, como era natural, la campaña de calumnias e injurias, repetidas desde el periódico antes citado, contra instituciones y personas.

En estas columnas se advirtieron más de una vez las cosas. Conviene ahora recordar las anticipaciones hechas por la Conferencia Nacional de Estudiantes Universitarios, la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, el Centro Republicano Español, la Confederación Nacional del Trabajo de España en exilio, el Congreso por la Libertad de la Cultura, grupos de exilados, etc. Puede ser que los hechos muestren que la buena fe y el espíritu de colaboración, tan frecuente entre los demócratas, debe ser apuntalado por una sombra de cautela político-ideológica.

Otro Congreso falseado

Como si la tramoya anterior fuese poca cosa, hemos aquí ahora en la necesidad de atender a una nueva Conferencia latinoamericana por las libertades. Esta será en Río de Janeiro y es diametralmente opuesta a la anterior. En vez de ser una maniobra pro soviética, es una maniobra antisoviética, o mejor dicho, pro extrema derecha. Se trata del Congreso Anticomunista de que se habla en estos días y para el cual se anuncia la concurrencia de delegaciones diversas, incluso algunos connotados políticos chilenos.

Será todo al revés..., pero idéntico. Es verdad que estos últimos congresales no se ocultan. Ellos van simplemente a estimular la lucha contra el sovietismo. Los medios que serán recomendados pueden ser previstos desde ahora: el uso de la legislación represiva. Porque en fin, ellos no están defendiendo allí ideales positivos, sino propósitos negativos. En esto son más claros, pero menos inteligentes que los anteriores.

En suma: un espectáculo de la misma triste altura que ya hemos denunciado. Allí se irá un poco a la fuerza, arrastrado por la necesidad de no decir que no, aun cuando de antemano se sepa a ciencia cierta de lo que en definitiva se trata.

Pues bien, a nuestro juicio, lo más lamentable

de todo ello es que ambas comedias, la del "anti-comunismo" y la del "pro-comunismo" revelan una vez más que el espíritu totalitario mantiene la ventaja sobre el democrático. Son aquellos los que provocan las manifestaciones y conducen a las masas hacia sentimientos que oportunamente permitirán reemplazar la libertad por la dictadura.

Los verdaderos demócratas permanecen silenciosos e inactivos. Con frecuencia se precian de aparecer como cómplices de alguna dictadura (Los casos del ex Presidente de la Cámara y de un diputado liberal son típicos), y las más de las veces, temen pronunciarse contra las empresas de los "maniobreros" de oficio.

La idea de una democracia combativa, impregnada de fuerza moral y de verdadero sentido humano debiera ser capaz tanto de hacer que los hombres democráticos negasen su concurso a tales actos, como de promover, por su parte, los actos que realmente educarán a nuestros pueblos en el espíritu de la libertad progresiva.

Informaciones sobre el caso boliviano

Bolivia estuvo de nuevo de actualidad entre nosotros. La visita del Presidente de la República a La Paz llevó a una considerable cantidad de periodistas que nos transmitieron luego sus impresiones. Con el tiempo corrido, la serenidad se ha instalado en los ánimos y ahora se puede hablar impunemente del caso boliviano. Por un instante, ello no fué posible. Si el lector se inclinaba por aceptar el régimen boliviano, se le diría que era un partidario del "comunismo internacional"; si se inclinaba en contra, se le respondería de inmediato que se oponía a la liberación de los explotados y al movimiento emancipador latinoamericano.

Mas, un hecho providencial, aunque un tanto ajeno a los juicios establecidos, vino a esclarecer las cosas. Ocurrió que el Presidente Paz Estensoro necesitó continuar su labor pro reforma agraria, nacionalización de minas y educación popular, con la ayuda de Estados Unidos, pues de hecho ninguno de sus objetivos era alcanzado con la celeridad conveniente. En lo demás, todo permanecía igual: los buenos propósitos, las razones históricas y económicas, los progresos alcanzados, la dictadura, los crímenes contra los ciudadanos, la resistencia de los sectores desplazados, etc. Mas, no era esto lo que interesaba a los polemistas. El acuerdo de Paz Estensoro con Estados Unidos abría un campo fértil para que ciertos sectores de derecha apaciguaran un tanto sus críticas y para que, al revés, ciertos sectores de izquierda se acordasen repentinamente de que las dictaduras cometen crímenes.

Bajo este ambiente se desenvuelven las crónicas, de todos matices, que se escriben de vuelta de La Paz. "La Nación" habla sobre temas literarios de Bolivia. "El Diario Ilustrado" critica moderadamente. "El Siglo" no encuentra más que traición y dictadura. Los mismos hechos aparecen cubiertos con máscaras opuestas. Aquello que antes no se quería ver, se ve ahora con lentes de aumento.

Quien advierta todo esto se entregará, sin duda, a melancólicas consideraciones sobre la fortaleza moral de los hombres. De todos modos, se confirma lo que ya antes alguna vez dijimos sobre el régimen boliviano:

Dictadura violenta y condenable en lo político; progresismo históricamente justificado en lo social; y numerosas dificultades económicas y técnicas en la conducción administrativa de los problemas.

Pacifismo e ideología

La Conferencia de Ginebra es una de las pocas cosas de la actualidad en que los hombres desean ponerse de acuerdo. Se trata de mirarla con optimismo. Cabe advertir que ella se ha celebrado después del rearme de Alemania, esto es, después de que los occidentales procedieron del único modo que, según se sostuvo con abundancia anteriormente, debía traer la guerra. Esto, sin embargo, ya no importa mucho. Estamos en la época post Ginebra y todos los días vemos a los Gobiernos de Estados Unidos y Rusia en una verdadera competencia por mostrarse más y más dispuestos a terminar con los obstáculos.

Todo ello está muy bien. El acontecimiento va acompañado de un cultivo expreso de la psicología del optimismo. Esto también, por lo demás, está bien. Una sola cosa quisiéramos advertir. Nos parece observar que, al amparo de Ginebra, puede fácilmente filtrarse una mentalidad de oportunis-

mo cobarde. En efecto, para algunos, los acuerdos de Ginebra significan que se termina la lucha por las ideas políticas. Los problemas de esclarecimiento teórico y práctico debieran, a su juicio, quedar ocultos. Quien los promueva estaría violando el espíritu de Ginebra. Y así ocurre que se traslada fácilmente el problema internacional y la coexistencia pacífica de los sistemas a los asuntos de política interna o de discusión ideológica. Se supone que ya no hay separaciones de ninguna clase entre los partidos democráticos y los comunistas y que las diferencias deben ser sustituidas por una especie de universal complicidad en que los errores han de ser silenciados y las faltas puestas en cuarentena.

A nuestro juicio, los social cristianos no deben caer en eso. Apoyar las buenas relaciones entre los países es una cosa. Identificar nuestra política con la política soviética es otra cosa muy diferente. Cesar las reivindicaciones humanas contra cierta clase de inhumanismo es una cobardía. Hacerlo es tan absurdo como pedir a los soviéticos que dejen de criticar el capitalismo o de denunciar el imperialismo.

Por nuestra parte, debemos mantener tanto nuestra lucha teórica y práctica, en lo político y en lo ideológico, por salvar los valores que nos interesan. Ellos no podrán contra formas de política que tanto los países capitalistas como los países estatistas continuarán impulsando. Esa lucha no puede cesar. El pacifismo no es la renuncia a los ideales. En el plano en que aquí se nos da constituye sólo una aproximación importante entre Gobiernos que renuncian acaso a dar caracteres agresivos a variados elementos de su propia estructura. Apoyar tal clima internacional no puede ni debe conducir a una especie de negativa en el campo de las exigencias que la humanidad hace a todos los poderes de la tierra.



Los LIBROS

LA VERDAD TIENE SU HORA, por **Eduardo Frei**.
Editorial Del Pacífico S. A.

"¿Cómo pensar que la nación perderá el gusto por la Verdad, ahora que ella conoce su sabor amargo, pero siempre saludable?"

La frase de Mendes-France cobra especial valor en la cita de Eduardo Frei. El saludable amargor de la verdad será gustado por el pueblo de Chile en este libro extraordinario.

Aun para los que han seguido de cerca la vida política del autor, para los que han leído sus obras anteriores, que han estado atentos, con cariño y admiración, hacia sus intervenciones en el Parlamento, este nuevo libro de Eduardo Frei ha constituido una sorpresa, más que eso, una luminosa revelación. Resulta difícil expresar la admiración que produce el ver condensadas, en menos de doscientas páginas, tanta profundidad de pensamiento, tanta inteligencia en el análisis, tal madurez y ponderación y buen juicio en el planteamiento y solución de los problemas.

El cuadro que se presenta en la Introducción no puede calificarse sino como una imagen perfecta de lo que sucede, no sólo en el campo de la política o de la economía, sino, lo que es más importante, en lo profundo del alma del pueblo chileno. Baste sólo una cita que nos parece particularmente feliz: "En muchos de los que trabajan existe la convicción de que no están realizando una tarea útil y se desesperan ante la forma en que se pierden las mejores oportunidades e iniciativas. En resentido silencio sufren el vejamen de que, con frecuencia, quien los dirige no se ha ganado el cargo por méritos, sino por influencia, de modo que no hay el respeto que nace de la consideración a la calidad o al esfuerzo de los años. No hay servicio o actividad en que se recoja esa nota de optimismo que dan los que se saben conducidos en forma competente y estable, sino la queja amarga y desesperanzada".

Después de una descripción del estado actual del país, en que se enfocan diversos aspectos de la vida nacional desde ángulos absolutamente novedosos, el autor se adentra en el examen de los conceptos de intervención y libre empresa, en el cual terminamos por comprender que los países no pueden gobernarse con palabras que en el fondo no representan ningún contenido real. Por haber tratado de aplicar un intervencionismo exágerado, por

querer ser "avanzados", hemos caído en una maraña burocrática y "vivimos cada vez más en el reino del Decreto, del Oficio, del Reglamento, del Trámite". Todo esto no ha hecho más que crear artificiales problemas. "El cobre ya no es para los chilenos una riqueza, no constituye una reserva fabulosa, una palanca formidable para la transformación del país con los recursos que proporciona, lo que debiera llenarnos de optimismo. Ya no tenemos cobre, sino el problema del cobre, y el problema del salitre, y el problema de las tierras magallánicas, y el problema agrario, y el problema del transporte, y el problema de los reajustes, y así hasta el infinito".

"A veces los pueblos, como los insectos, caen atrapados en una tenue, pero consistente tela tejida por oscuras arañas, que los inmovilizan hasta disecarlos en la viscosa red, casi invisible, de la rutina y el entabado tejido de las palabras y los trámites sin fin".

No podríamos detallar todas las materias tratadas por el autor; solamente pretendemos dar a conocer la impresión general que nos deja.

La lectura de esta obra nos ha hecho recordar a aquellos hombres que dieron vida a esta República, a aquellos que en sus primeros años de nuestra vida independiente supieron construir esta nación sobre la simple base de aplicar el buen sentido, de no poner trabas a quienes querían trabajar, de emplear firmeza y energía con aquellos que, llevados por quimeras ideológicas, trataban de perturbarlo todo; que hicieron que este país fuera respetado en el mundo entero por el esfuerzo y la sobriedad de sus hombres; que lograron formar una administración pública que fué ejemplo para el resto de América.

El libro de Eduardo Frei nos deja, finalmente, una sensación del más sano optimismo. Chile tiene inmensas posibilidades de superar la crisis moral que está viviendo, a condición de que su pueblo sepa elegir en el futuro a sus gobernantes, y que estos construyan sus programas, no sobre la base de planteamientos extremos que separan, sino sobre los propósitos que unen a los hombres.

"Todos los materiales están acumulados. Existe la oportunidad y el espacio. Sólo faltan los arquitectos, que no necesitan ser geniales, para trazar los planos de esta nueva morada".

F. C. I.

ALBERTO BLEST GANA por Raúl Silva Castro.
Zig-Zag, 1955.



Una nueva edición de la erudita obra de Raúl Silva sobre la vida y trabajos del novelista chileno por excelencia: Alberto Blest Gana.

El estudio del señor Silva nació bajo el estímulo de un concurso público convocado en 1937 por la Universidad de Chile para premiar una biografía acerca del eminente escritor y su publicación fué patrocinada en 1941 por la misma Universidad.

La edición que ahora entrega la Editorial Zig-Zag se ve más reducida que la de 1941. Se ha aligerado, en cierta medida, el texto y se han refundido materias. Es una edición destinada más al gran público que a los especialistas. Desde luego se ha suprimido, al final, una colección de documentos que acompañaba, doctoralmente, la edición universitaria.

Raúl Silva ha realizado un trabajo de revaloración de Blest Gana. Nada más justo. Dígase lo que se diga Blest es el escritor, el novelista más universal y más vivo con que cuenta nuestra literatura. Ciertamente que nuestro juicio no es imparcial. No podría serlo porque nunca olvidaremos el goce intenso que nos proporcionó, siendo apenas adolescente, la lectura de **Durante la Reconquista**. Devoramos sus páginas con una especie de fiebre, de descontrolada pasión. Hoy no nos atrevemos a volver a sus páginas precisamente por temor a sentir el desencanto que a veces producen las cosas ya gustadas...

Lo que más impresiona del exhaustivo estudio de Raúl Silva es la descripción minuciosa que nos hace de la personalidad de Blest Gana. Joven alumno de la escuela militar, estudiante en Europa, profesor en Chile, diplomático... Siempre el mismo, honesto, sincero, limpio. Bajo la esfervecencia de la creación literaria corría el cauce de una vida austera, rígida, entregada al culto del servicio exterior de la patria. Los años que Blest Gana fué embajador de Chile en Francia son una verdadera fuente de enseñanzas y reflexiones. Desde luego resalta la franciscana sobriedad del diplomático, respetado profundamente por los Presidentes de la República, que conocían su labor tesonera, y hostilizado por los políticos que le atacaron en varias oportunidades. Era un gran señor de la diplomacia, activo, eficiente, oportuno. Distinto a esos modernos diplomáticos que salen fuera a desbarrajarse, a deshonorar al país que deberían servir.

Bastaría para probarlo citar sus gestiones ante

el Vaticano para obtener el nombramiento de un jefe de la Iglesia, comprensivo para con las nuevas tendencias políticas imperantes en Chile y su intenso agotador, colosal trabajo realizado durante la guerra de 1879.

Sin embargo, el novelista brillante, el diplomático experimentado y eficaz recibe del Gobierno de Balmaceda un premio en íntimo acuerdo con la tradición chilena: se le pide la renuncia, prácticamente. El pago de Chile.

Hay algo terrible, odioso, intolerable en esa ingratitud que muchas veces revelan los gobiernos para con sus servidores más distinguidos. Es como un encogerse de hombros, un gesto supremo de desprecio por los valores humanos... Ni Balmaceda quedó libre de tal cargo.

Pero en fin, Alberto Blest Gana ha perdurado. Sus libros se buscan hoy mucho más que antes. Sus méritos se aquilatan, con más generosidad. La historia del funcionario leal, constante e inteligente cede definitivamente lugar al novelista fecundo y poderosamente creador. El hombre desaparece tras la ficción que el mismo ideara.

Raúl Silva, con su espíritu de investigador y de crítico, con su amor por la justicia, ha contribuido, en una medida difícil de apreciar, a poner ante los ojos y el corazón del público chileno la figura de Alberto Blest Gana.

Vendredi.

ALBUM BIBLICO, por Luis Ramírez Silva, S. J.
Ed. Zig-Zag, 1955.



Es la cuarta edición de esta obra útil, texto de estudio en buenas cuentas, cuyo leit motiv es demostrar la concondancia entre la doctrina cristiana y la Biblia. Paso a paso se va comprobando

como todos los aspectos esenciales del cristianismo se encuentran confirmados, respaldados y explicados por las Sagradas Escrituras.

Pero no es eso todo. También se van poniendo, frente a la experiencia individual, los hechos, incluso propios del mundo cósmico, que revelan la Biblia como un Libro de la Verdad, donde todo es cierto, desde el principio hasta el fin.

Una obra amena e instructiva para grandes y chicos, para sabios e ignorantes. Si alguien duda del poder de síntesis de libros como el que comentamos y, sobre todo, del poder ordenador que encierran que trate de exponer la doctrina cristiana y que, después, vaya al texto.

Vendredi.



Documentos



Discurso pronunciado por el diputado don Rafael Agustín Gumucio, Presidente de la Falange Nacional, en sesión celebrada el 27 de Julio último en la Cámara de Diputados.

Desde nuestro pequeño país, seis millones de hombres en un extremo de América hemos visto en estos días como los representantes de las Cuatro Grandes Potencias se reunían a millares de kilómetros de aquí para discutir las cuestiones que los separan. Durante los días que acaban de transcurrir, señor Presidente, millones y millones de hombres, en toda la redondez de la tierra, hemos estado preocupados de lo que se decidiría en Ginebra. Quierámoslo o no, ha sido nuestro propio destino como individuos de una época de la historia, nuestro destino colectivo como Nación el que se está jugando a manos aparentemente extrañas.

¿Qué sentido podría tener, qué alcance, lo que aquí dijéramos? ¿Qué podrían pesar nuestras palabras en los platillos de esa gigantesca balanza en que las grandes potencias pueden arrojar la masa de su poderío, en los que colocan los Cuatro Grandes la mole de sus fuerzas militares, sus recursos industriales y financieros, la maquinaria de sus sistemas políticos y económicos? ¿Qué podemos frente a dos poderes imperiales de una magnitud que aplasta a todo lo que hasta ahora se había construído en la historia? No es una vana pretensión que aquí estamos, hablando en el vacío, unos cuantos diputados de un paísito situado al borde del mundo y que es apenas una potencia de tercer orden, si no de cuarto?

Nadie discute ya que este mundo en que vivimos es un mundo. Quien popularizó esta expresión fué precisamente un hombre al cual su rival victorioso en la lucha por el poder le encomendó que diera la vuelta al planeta como mensajero de la voluntad irrevocable de las democracias de ganar la guerra y ganar luego la paz. Fué así como de regreso a su país, Wendell Wilkie pudo escribir que había realidades nuevas, más fuertes que la distancia a las diferencias de raza y lenguas, más valiosas que los nacionalismos, y que la técnica y la voluntad de los hombres unidos por una lucha común, habían creado un mundo. Conviene a veces recordar estas circunstancias históricas, tan olvidadas a pesar de que todos nosotros la hemos vivido.

Pero si este es un mundo, este hecho juega en dos sentidos. Si a todos nos afectan las decisiones que tomó un consorcio de banqueros de Nueva York

o un grupo de comisarios en Moscú, también estos deben actuar considerando las reacciones que hayan de provocar sus dictados en la masa innumerable de los hombres, de este hombre común, de quien se ha dicho que es dueño del siglo XX. De este hombre depende en último término, que haya banqueros rapaces y comisarios despiadados.

Nosotros somos el hombre común, lo somos todos los hombres de estos países situados en la periferia de la historia contemporánea, fuera de los grandes centros del poder mundial. Nosotros tenemos y debemos tener y hacer oír nuestra voz en un mundo que puede derrumbarse sobre todos sin distinción al resplandor de las bombas de hidrógeno o las bombas de cobalto. De alguna misteriosa manera los tiempos parecen haber madurado en forma de que si todos habríamos de ser afectados por una catástrofe apocalíptica, a todos también se nos franquean los medios para multiplicar nuestra acción por la potencia de un mundo en que cada hombre depende de los demás; en el que nadie, individuo o nación, puede aislarse, en el que nadie puede ser neutral, en el que nadie, en fin, puede eludir su responsabilidad, las consecuencias de su irresponsabilidad. "De este mundo, señores, no se escapa nadie"—decía León Felipe.

Por lo mismo quisiera precisar aquí en qué forma no éramos ni podremos ser neutrales en el conflicto que aún sigue dividiendo al mundo en que vivimos. No hemos sido ni podremos ser neutrales en una lucha en que se juegan la libertad y dignidad del hombre, la existencia de su personalidad frente al estado totalitario, el derecho del padre a educar a sus hijos, del ciudadano a elegir un partido político, del trabajador a organizarse de acuerdo con sus intereses específicos, del artista a crear libremente y no sujeto a directivas políticas. En semejante lucha no hemos sido nunca neutrales. Hemos tratado siempre de formular y aplicar concretamente lo que hemos llamado una política de inspiración cristiana y esta política se basa en valores muy claros y definidos que por lo mismo, no necesito recordar ahora.

Por esta neta definición que nos aleja de cualquier neutralismo ideológico nos ha llevado siempre también a oponernos a la política de bloques

cuya expresión concreta ha sido la guerra fría. De tanto repetir la expresión, como que se hubiera dejado de advertir que en ella el término sustantivo es "guerra". La guerra fría es sólo una parte de la guerra total la prepara y la manifiesta. ¿Acaso la división del mundo en dos bloques no instaura un estado de cosas que, congénitamente, es un estado de guerra? Así se llegó a borrar la distinción entre la guerra y la paz, sólo existía la distinción entre la guerra fría y la guerra a secas. "La guerra fría es una de las fases de la guerra total, ha dicho ese elocuente pensador que es el padre Ducatillón. Es la mejor expresión de una situación del mundo totalitario; es decir, de una situación en la cual la política lo absorbe todo, lo espiritual y lo temporal, lo privado y lo público. Tal situación es constitutivamente violenta y existe no sólo por la violación de las exigencias fundamentales de la naturaleza sino también de las de un desarrollo histórico dado. Ella no puede asentarse sino por la fuerza.

¿La guerra fría, no es la fuerza reinante en forma endémica en todos los planos de la vida, entre todos los elementos de la sociedad universal?

Evidentemente y todos los hemos estado viendo, señor Presidente, la guerra fría significa una progresiva conscripción de las conciencias. Su arma principal es la propaganda, con todos los recursos técnicos de que ella ahora se dispone para alterar las condiciones psicológicas de la vida mental y espiritual de las masas. Por las afirmaciones simplistas, por los slogans, por la orquestación de las informaciones machaconamente repetidas se marchaba hacia un progresivo entorpecimiento de los pueblos, hacia el conformismo, el recelo, el odio, la polarización total de la humanidad, tajantemente dividida en buenos y malos, siendo siempre el malo, naturalmente, el adversario, y aliado vergonzante del adversario quien no lo hallaba también completamente malo. A lo que este proceso hubiese llegado por su propia dinámica, a sus últimas consecuencias, hubiera bastado una nada para que la guerra fría se convirtiese en guerra a secas.

Si la Conferencia de Ginebra, como hasta el momento lo ha logrado, suspende este proceso diabólico de la guerra fría y crea las condiciones para una situación internacional, la humanidad, todos nosotros, señor Presidente, habremos escapado a una de las peores crisis de la historia. Podemos entrever, incluso el comienzo de una nueva era, el comienzo del cumplimiento de las promesas que se ofrecieron a todos los hombres en los días sombríos de la guerra: a los hombres que daban su sangre en el frente o entregaban su substancia vendiendo a bajo precio sus materias primas para que se estableciera un mundo más justo y más feliz en el

futuro. La imaginación las esperanzas se inflaman al pensar que, por ejemplo, de acuerdo con lo propuesto por el Primer Ministro francés, las grandes potencias podrían destinar al progreso de los países poco desarrollados las sumas que se ahorrarían con la reducción de los armamentos. Cuando nuestro ex embajador ante las Naciones Unidas, Hernán Santa Cruz, desarrollaba su brillante campaña por la creación de un Fondo Internacional para fomento de los países subdesarrollados, advertía que los fondos aportados por la colaboración internacional a la capitalización de estos países eran apenas el 1 por ciento de lo que gastaban en armamento los países de la Organización del Tratado del Atlántico Norte y que sus necesidades de aporte de capitales en total no eran superiores al 14 ó 15 por ciento de lo que gastaban en armas esos países. Y los países subdesarrollados abarcan los dos tercios de la población mundial. Solos los Estados Unidos acaban de aprobar un presupuesto de Defensa de 32.000 millones de dólares y puede presumirse fundamentalmente que la Unión Soviética no gasta una cifra menor en la misma finalidad. Las grandes potencias gastan en conjunto —puede calcularse— no menos de cien millones de dólares al año en armamentos, en tanto dos tercios de la humanidad no alcanzan a alimentarse suficientemente y viven, término medio, la mitad de los años que alcanzan los habitantes de los países más favorecidos. ¿No es acaso este hecho la causa básica de la tensión social que se proyecta también en una tensión internacional, y así, actuando contra la miseria no se trabaja por la paz?

Así, este problema que nos toca en términos muy concretos a los hombres de Chile y América Latina. La supresión de las barreras comerciales, recomendada por los Cuatro Grandes al estudio de sus ministros de Relaciones Exteriores, abre, por otro lado, notables posibilidades de expansión a nuestros mercados, limitados ahora por las exigencias políticas de la guerra fría. Más aún, la distensión internacional habrá que reflejarse necesariamente en una dilatación y purificación del ámbito interno de nuestras democracias, en la desaparición de consignas que envenenan la vida política doméstica y son un obstáculo a la necesaria cooperación americana, de importancia incalculable para el desarrollo de nuestro país.

En la comprensión de esta tarea y en su desarrollo práctico, a todos nos cabe, pues, una participación. Está a nuestro alcance contribuir a la liquidación de la guerra fría. Podemos influir efectivamente en la prosecución de la obra que se ha iniciado en Ginebra. Todos los hombres de buena voluntad trabajando por la libertad, la justicia, y la comprensión podemos y debemos ayudar al naci-

miento de un mundo en que reine la paz, mediante la encarnación de esos valores.

A veces los acontecimientos parecen cerrarse en un curioso ciclo. El 9 de diciembre de 1941, en su mensaje de guerra al pueblo norteamericano, el presidente Roosevelt decía: "La verdadera meta que buscamos está más allá del espantoso campo de batalla. Vamos a ganar la guerra y vamos a ganar la paz que a la guerra sigue. En las horas sombrías de

este día y a través de los días sombríos que nos aguardan, sabremos que la vasta mayoría de los miembros de la raza humana están de nuestro lado. Muchos de ellos luchan con nosotros. Todos ellos oran por nosotros. Porque, al representar nuestra causa, representamos también la de ellos; nuestra esperanza y su esperanza de la libertad en Dios".

En esa tarea que ha sido reanudada también tenemos nuestra parte.

LOS CRISTIANOS FRENTE A LAS ACTUALES INTERVENCIONES SOCIALES Y POLITICAS DE LA IGLESIA *

Alocución pascual del obispo de Angers, Mons. Chappoulié

Cristo ha resucitado. "Cristo una vez resucitado de entre los muertos no muere ya; la muerte no ejerce ya su poder sobre él". **Christus resurgens ex mortuis jam non moritur; mors illi ultra non dominabitur** (Rom., XVI, 9).

Cristo que salió vencedor de la tumba al alba de Pascua está ahora en el cielo sentado a la diestra del Padre. Está en el cielo siempre vivo para interceder en favor de los hombres, sus hermanos: **semper vivens ad interpellandum pro nobis** (Hebr., VII, 25).

Pero vive también con nosotros, en esta tierra, en su Iglesia: "He aquí que estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos". Es la última promesa del Salvador con la que se cierra el Evangelio de San Mateo (Mat. XXVIII, 20). Por lo cual, la Iglesia está íntimamente ligada al triunfo de Pascua, a la victoria de Jesús sobre la muerte. Fundada sobre la roca inquebrantable de la fe de Pascua, tiene la seguridad de perdurar en medio de los hombres, cualquiera que sea la violencia de las persecuciones que el mundo pueda desencadenar contra ella. No conocerá nunca la declinación que castiga, un día u otro, a todas las instituciones humanas. A través de todas las edades, permanece como "la esposa sin mancha y sin arruga" (Efes., V, 27), como madre fecunda que no cesa de engendrar nuevos hijos.

La Iglesia toma sus hijos del mundo, a los que hace nacer a la vida divina, el día de su bautismo, con Cristo resucitado. Cristianos, los deja vivir en el mundo, según la oración misma de Jesús a su Padre: **Non rogo ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos a malo**. (Juan, XVII, 15).

Por el mismo hecho de su misión de salvación

junto a las almas, la Iglesia está mezclada en todo momento a la sociedad de los hombres, a los problemas de todo orden que se les plantean, a sus errores y sus pasiones, a ese mundo malo en medio del cual ella tiene cargo de hacer brillar la luz de Cristo y de santificar a los suyos. De ahí la sorpresa que experimentan los hombres —sabiendo que el reino de Dios no es de este mundo— al comprobar que la Iglesia, cual una madre vigilante, sigue a sus hijos hasta en sus problemas y sus debates de orden terrestre.

Quiero conversar con vosotros esta tarde de esta sorpresa que experimentan también los cristianos, y aun los mejores al ver a la Iglesia intervenir en lo temporal; sorpresa que no es fundada ni justa. Quiero introducirlos en una perspectiva más exacta de su misión. Si lo logro, vosotros sacaréis un sentimiento de tranquilidad y de seguridad que os hará más fácil la obediencia filial a las enseñanzas y a las intervenciones de nuestra santa Madre la Iglesia en la vida temporal.

LAS PRINCIPALES INTERVENCIONES ACTUALES DE LA IGLESIA EN LO SOCIAL Y LO POLITICO

Es un hecho patente, ateniéndonos solamente a nuestra época, que la Iglesia da por la voz de los Papas una enseñanza social que, desde las alturas de la doctrina, descende a aplicaciones de carácter concreto. De la gran encíclica **Rerum Novarum** publicada por León XIII en 1891 a los consejos casi cotidianos de S. S. Pío XII, hay como una cadena continua del interés extremadamente vivo que la Iglesia pone por la condición del mundo obrero, a medida que el desarrollo de la industria hace crecer su número e importancia en la sociedad.

"Las cuestiones sociales, ha dicho Pío XII, en particular todo lo que se refiere al trabajo, el justo salario, los organismos de previsión, el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores para la realización de una sociedad mejor",

(*) Reproducido de "Criterio", Buenos Aires N° 1240 de 28 de julio de 1955.

son otros tantos problemas que reclaman la atención de la Iglesia "conforme a las exigencias de más en más urgentes de la caridad cristiana". Son las propias palabras del Santo Padre las que cito (Carta "Perlibenti equidem", 9 de agosto de 1950).

Además, fuera del dominio social donde muchos hombres no tienen dificultad en comprender el apoyo que la Iglesia de Cristo, de instinto, quiere aportar a los más débiles y a los más desfavorecidos, hay otro campo en el cual ella no se abstiene de penetrar. Pío XII lo recordaba en términos muy netos el 2 de noviembre último durante la audiencia a los obispos que acababan de asistir, el día de Todos los Santos, a la proclamación de la realeza universal de María.

Es el terreno extremadamente sensible y delicado —siglos de historia lo prueban acabadamente— "de las cuestiones que no son de carácter religioso, sino que conciernen a los asuntos políticos". El mismo Santo Padre las ha enumerado: "el fin y los límites del poder civil; las relaciones entre los individuos y la sociedad", los "Estados totalitarios" cualesquiera que sean su principio y su origen; "la laicización total del Estado y de la vida pública, la laicización completa de la escuela; la moralidad de la guerra, su carácter legítimo o ilegítimo en las condiciones en que se la hace en nuestros días, la posibilidad, para el hombre que tiene principios religiosos de colaborar a esa moralización, los compromisos y los vínculos morales que se establecen entre las naciones y rigen sus relaciones".

En un plano más preciso a la vez que de una actualidad más inmediata, somos testigos de medidas dictadas por la santa Sede para prohibir a los católicos la colaboración con los partidos comunistas. Es el decreto capital del 1º de julio de 1949 que recuerda las disposiciones y sanciones de la Iglesia con respecto a los adherentes a un partido comunista y cualquiera que colabore con ellos. Es también, en nuestro país, la reciente condenación por el Santo Oficio del periódico **La Quinzaine**, en razón de cuatro puntos esenciales de orden político: el acercamiento sistemático de esta revista con los comunistas en el plano sindical y en el de la propaganda en favor del "Movimiento de la paz"; sus esfuerzos para minimizar las responsabilidades de los gobernantes comunistas en la persecución religiosa en Europa oriental; su ignorancia deliberada de la doctrina social de la Iglesia.

Remontándonos al pontificado de Pío XI podríamos evocar, hace un cuarto de siglo, la condenación de la **Action Francaise**, que causó tan profundo drama de conciencia, como había sucedido hace cincuenta años, en tiempos de Pío X, con la condenación del **Sillon**.

Si éstos son actos particularmente graves del magisterio de la Iglesia, que constituyen acontecimientos de orden histórico, en otras ocasiones más frecuentes el Santo Padre prodiga a los diferentes auditorios que se reúnen a su alrededor durante las peregrinaciones a Roma, exhortaciones y consejos que conciernen a sus responsabilidades de ciudadanos y a sus deberes de electores. Y cada año, en esos emocionantes Mensajes de Navidad, que escucha el mundo entero, lo oímos trazar a los hombres de estado que gobiernan a las naciones, las líneas principales de un orden internacional que haga más humana la sociedad de los hombres.

En verdad, esbozar, como lo acabo de hacer ante vosotros, este rápido panorama de la acción de la Iglesia en la ciudad temporal, es presentar una de sus actividades más importantes en nuestro tiempo. Nos falta probar ahora que esta acción es esencial a su misión.

SORPRESA DE MUCHOS CRISTIANOS ANTE ESTAS INTERVENCIONES

¿Por qué no confesar previamente que son numerosos los cristianos que muestran su desconformidad ante el simple enunciado de una misión de la Iglesia en la sociedad civil? Se niegan a aceptar esta competencia tanto en el dominio social cuanto en el político.

En el plano social se admite que los obispos y los curas se compadezcan de los desocupados (pero nunca de los huelguistas): de los subproletarios que tienen hambre y que no saben donde ir a dormir, de los ancianos; por lo cual se mira con una cierta simpatía al abate Pierre y a su ciudad de Emmaüs. Y se comprende que el clero invite a los fieles a ser caritativos; la limosna es competencia de la autoridad de la Iglesia. Sacar del bolso algunas monedas que con una buena sonrisa una dama pone bondadosamente en la mano de un pobre, ha sido el cuadro que, en el siglo último, gustaban mirarse nuestras abuelas.

Lejos de mí censurar esta forma de caridad cristiana, que ha sido el origen de tantas generosas vocaciones. ¿No nos enseña el Evangelio a reconocer a Cristo mismo en la persona del pobre que nos tiende la mano? "Tuve hambre y me diste de comer; tuve sed y me diste de beber".

Pero cuando la Iglesia se dirige directamente a los que detentan la riqueza, la propiedad, la tierra, la industria, para determinar sus cargas y sus responsabilidades en vista del bien común, hasta imponer a veces límites a su libre uso, ¡cuántos son entonces los hombres que se irritan! Su primer movimiento es de pena por la falta de tacto de un obispo, y luego invitan a su cura a no trasponer el

umbral de su iglesia. Con mayor razón si los obispos redactan un **directorio pastoral en materia social** en el que entran en un sentido que no es favorable las palabras capitalismo y liberalismo económico, o si la Acción Católica se arriesga a hablar de reformas de estructuras y de promoción obrera.

En el plano político cuando se tratan esos problemas que indicaba el Santo Padre en su discurso del 2 de noviembre último, hay escándalo y taponamiento de oídos para no escuchar. Buenos católicos declaran que tales intervenciones son inadmisibles, pues constituyen un atentado a la libertad del ciudadano y que, por otra parte, no pueden sino resultar dañosas, tarde o temprano, para el prestigio y el interés de la religión. Esta nada tiene que ganar y si mucho que perder, dicen, descendiendo a la arena de las pasiones y de las vicisitudes políticas.

Si el Sumo Pontífice en su último radiomensaje de Navidad hace el elogio de la idea europea y lamenta que a consecuencia de los recientes acuerdos internacionales "la alta política se orienta nuevamente hacia un tipo de Estado nacionalista, cerrado sobre sí mismo, que concentra sus fuerzas y es inestable en la elección de sus aliados", más de un católico francés se irrita en seguida. Se siente herido, murmura que el Papa favorece el juego de una nación en detrimento de otra.

Si la voz de un obispo se levanta contra el orgullo de raza y el espíritu de violencia en los conflictos de que son teatro tantos territorios colonizados por Europa, si denuncia la acción de venganza en una represión incluso necesaria, son muchas las buenas gentes que se indignan y que, en su pánico, llegan casi hasta hablar de traición.

No creo exagerar si me adelanto a decir que son numerosos los católicos que, ante las intervenciones del Jefe de la Iglesia y de los obispos en el terreno de la política internacional y la evolución de los pueblos coloniales, manifiestan idéntica susceptibilidad que ciertos no-cristianos. En su juicio de los actos pontificios y de la Jerarquía oscilan entre una condenación por inhabilidad e ignorancia de las cuestiones o por maquiavelismo.

LA MISION DE LA IGLESIA CONTEMPORANEA EN LA CONSTRUCCION DE LA COMUNIDAD HUMANA

Sin embargo, desde el momento que un cristiano quiere reflexionar, debe reconocer que es doctrina tradicional el no limitar el poder de la Iglesia a las cosas estrictamente religiosas. Sus doctores han enseñado siempre, como lo recordaba el Santo Padre el 2 de noviembre, que "cualquier materia de la ley natural, sus principios, su interpretación, su aplicación por lo mismo que se trata de su aspecto moral, dependen de su poder". En efecto, hay

una relación fundamental entre la observancia de la ley natural y el camino que el hombre debe seguir para realizar su fin sobrenatural: no se puede pretender ganar el cielo si al mismo tiempo se falta a las virtudes naturales, tales como el respeto de la verdad y de la justicia, a las que está obligado todo hombre. Sobre este camino la Iglesia es guía y guardiana de los hombres.

Por ello, aunque repugne a algunos, la Iglesia tiene una jurisdicción innegable sobre todo lo que concierne al cumplimiento de la ley natural y, por consiguiente, sobre las cuestiones sociales y hasta política en la medida en que éstas son objeto de moralidad. Este poder vinculado a su responsabilidad, legítima las condenaciones que en ciertas horas de la historia la Iglesia no vacila en dictar contra doctrinas sociales y económicas o contra movimientos políticos. Dios sabe de cuánta resolución y abnegación han necesitado los jefes de la Iglesia para afrontar a los poderosos de este mundo: reyes absolutos de otro tiempo, dictadores de la época contemporánea, para condenar los sistemas ideológicos que abruman a toda una generación de hombres bajo la tiranía de su prestigio: liberalismo de ayer y todas las formas actuales del totalitarismo. Pero, convencidos de cumplir el deber de su cargo. Papas y obispos se han sentido sostenidos por el apoyo del Altísimo, de la misma manera que el profeta oía la voz de Yahvé asegurándole que triunfaría de sus enemigos cuyos errores denunciaba con celo implacable: **Y te hará para este pueblo / incommovible muro de bronce. / Ellos combatirán contra ti; / pero no podrán vencerte, / porque yo estaré contigo para salvarte / y protegerte, palabra de Yahvé (Jeremías, XV, 20).**

No obstante, para ir más al fondo de las cosas, es menester confesar que las intervenciones de la Iglesia en nuestra época en el dominio social, y también político, han adquirido una amplitud que para explicarla no bastan las dos razones tradicionales: su autoridad en nombre de la moral sobre todos los actos personales del cristiano, y la obligación que ella tiene de defender los derechos de Dios y de la religión contra sus adversarios o contra las invasiones del poder civil; lo que, por desgracia, sigue de actualidad.

En nuestros días la Iglesia Católica reivindica una verdadera competencia en la construcción de la comunidad humana. Está persuadida de que su papel no es solamente de gobernar a sus hijos y de imponerles prohibiciones. Cree que tiene su parte en la profunda y rápida transformación que sobre la tierra sufre la humanidad, que en este proceso puede ser ella un factor de sabiduría, de equilibrio y de armonía.

Frente a la sociedad contemporánea cuya división se ahonda entre las razas, en la medida misma de su complejidad y de su dominio de las fuerzas de la naturaleza, la Iglesia Católica toma conciencia de más en más aguda de su misión entre los hombres, sean o no sus hijos por el bautismo. Como una madre, se inclina con tanto mayor amor y autoridad sobre sus hijos a los que ve doloridos y angustiados y tan equivocados acerca de su verdadero bien cuanto ebrios del progreso de la ciencia y de la inagotable fecundidad de sus aplicaciones.

Es una enseñanza que se ha hecho corriente en los Papas modernos ante el espectáculo de las plagas que padece la sociedad, que la Iglesia, sin ninguna disminución de su misión sobrenatural, tiene una tarea que cumplir para la felicidad terrestre de la humanidad. Tienen la certidumbre de que la Iglesia posee la gracia de poder deducir de la ley natural y del derecho de gentes principios y reglas de conducta para todas las naciones, susceptibles de asegurar entre los hombres el reino de la seguridad, de la concordia y de la paz. Leed la encíclica inaugural del pontificado de S. S. Pío XII: está totalmente animada por ese generoso soplo de confianza y de esperanza por esta humanidad, cuya doble comunidad de origen y de naturaleza, de destino y de redención en Cristo, el Papa subraya.

De la tregua de Dios, en la Edad Media (breve pausa en la barbarie de los hombres) a la pacificación internacional de la que el actual Papa es infatigable doctor, la Iglesia se revela de siglo en siglo, a la altura de las crecientes exigencias de la humanidad, como una obrera de felicidad terrestre. "Si por su misión divina, ha escrito Pío XI en la encíclica **Ubi Arcano** donde también trazaba el programa de su pontificado, la Iglesia no encara sino los bienes espirituales e imperecederos, sin embargo —todos los bienes se favorecen y se encadenan recíprocamente— su acción contribuye a la felicidad misma terrestre de cada uno de los hombres y de la sociedad entera tan eficazmente como si hubiera sido establecida expresamente para promoverla".

Pongámonos en esta grandiosa perspectiva y no tendremos dificultad en comprender entonces las macizas condenaciones de Pío XI del racismo, del nazismo y del comunismo, verdaderos tirones de riendas para detener la caída de millones de hombres en los errores anunciadores y generadores —la experiencia lo ha probado— de peores desastres. Jamás se alabará bastante la grandeza y la magní-

fica intrepidez de ese anciano, ya amenazado por la muerte, que se levantaba solo frente a los tiranos del día ebrios de su poder y por las aclamaciones históricas de las multitudes. Hoy, Pío XII pone igual energía y perseverancia para arrancar a los pueblos de sus rivalidades y sus ilusiones y para iluminarlos acerca del verdadero camino y de su verdadero interés. Como un emocionante homenaje a esta luz que de Roma se extiende a todo el universo, viene bien la palabra de Claudel: "La esposa de Cristo no cesa de tener conciencia de toda esta humanidad cuyo destino ella lleva en su seno".

Si nos elevamos hasta una tan vasta concepción de la misión reconocida a la Iglesia en nuestro mundo, se irradiará de allí una claridad que orientará nuestros pasos cotidianos. Lejos de sorprendernos o de afirmarnos en una negativa dolorosa ante las decisiones y las exigencias de nuestra Iglesia en ese dominio a menudo inextricable de lo espiritual, de lo social y de lo político, no será incurable nuestra pena de obedecerle filialmente, cualquiera que pueda ser momentáneamente nuestro dolor. ¿La Iglesia, de la que somos hijos, no está en los designios de Dios destinada, según la palabra de San Agustín, a ser la única nación que debe reunir a todos los hombres? "Única nación", porque no hay más que "una sola fe, una sola esperanza, una sola caridad, una sola espera" para todos los hombres rescatados por la sangre de Cristo, el Cordero de Dios que ha borrado los pecados del mundo.

Querría haber estado lo suficiente feliz para hacerlo entender en esta hermosa noche de Pascua a aquellos de mis oyentes cuyo corazón cristiano está herido quizás por condenaciones, antiguas o recientes, pronunciadas por la Santa Sede, o cuyo espíritu tiene dificultad en entender ciertas orientaciones apostólicas dadas por el Santo Padre y los obispos.

Si la Iglesia tiene la virtud de reconciliar al mundo con Dios y a los hombres entre sí, no dejemos escapar esta gracia de reconciliación que está en el fondo del misterio de Pascua: **Christus innocens Patri reconciliavit peccatores**. Vivamos con amor en la gran Iglesia de Cristo, reunidos y estimulados por la inconfundible esperanza de Pascua. Es lo que nos dice San Pablo: "Vosotros habéis resucitado en Cristo. Por lo cual cuando Cristo se haya manifestado, El que es vuestra vida, entonces vosotros seréis manifestados gloriosos con El". **Cum Christus apparuerit vita vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria** (Col., II, 4).

CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO

CLUB JUVENIL DEL PACIFICO

AHUMADA 57 — CASILLA 3126 — TELEFONO 63121
SANTIAGO

DOS ORGANIZACIONES AL SERVICIO DEL PUBLICO
PARA FACILITARLE LA ADQUISICION DE LOS
LIBROS DE SU PREFERENCIA

I.—Los socios de estos Clubs adquieren en condiciones excepcionalmente favorables los libros que ellos distribuyen.

II.—Los socios no contraen obligación de adquirir los libros distribuidos por estos Clubs. Solamente se les envían aquellos que desean adquirir.

III.—Los socios reciben los libros en el lugar que indican, sin recargo alguno por concepto de envío.

Pida informes y antecedentes enviando el siguiente cupón:

Señores	
Club de Lectores Del Pacífico y	PE-140
Club Juvenil Del Pacífico	
Casilla 3126.	
Santiago	
Nombre	
Dirección	
Localidad	

NOVEDADES

GUERRA DEL PACIFICO

Por Gonzalo Bulnes
Vol. I

Un libro cuya falta se hacía sentir desde hace años, ya que, como dice de ella don Francisco A. Encina en el prólogo, "Guerra del Pacífico" de Gonzalo Bulnes es la obra cumbre de la historiografía hispanoamericana. El método del autor, la excelencia del material que uti-

liza, su equilibrada visión de los hombres y los sucesos, la ausencia de prejuicios y sus relevantes dotes de literario, son factores todos que dan a esta historia del conflicto bélico de 1879 entre Chile y Perú y Bolivia su insuperable categoría \$ 1.000

SERIE SANDOKAN DE EMILIO SALGARI

LA MUJER DEL PIRATA

Tercer volumen de esta magnífica serie de la Colección Juvenil, en la que el genial escritor italiano, continúa el relato de las aventuras de Sandokan y Yañez a la cabeza de los piratas de Mom-

pracem y de los amores del primero con Mariana. La acción continúa con un ritmo cuyo apasionante interés no decae un instante \$ 100

LOS MISTERIOS DE LA JUNGLA NEGRA

En este cuarto volumen de la Serie Sandokan, *Salgari* presenta a sus lectores un nuevo y atractivo personaje: Tremal-Naik, y los lleva a la India donde aquel vive dramáticas aventuras en su

lucha con los adoradores de la diosa Kali, los terribles "thugs". Tremal-Naik se libra más adelante a Sandokan y Yañez formando la legendaria hermandad que dirige a los piratas de Mompracem \$ 100

REEDICIONES

LAS 48 AMERICAS

Por Raymond Cartier (2.a edición)

Nueva edición de esta magnífica obra en la que Raymond Cartier, fundador y redactor de la conocida revista francesa *Paris-Match*, confirma sus excepcionales dotes de observador agudo y perspicaz y

de narrador ágil y ameno, brindando una completa y maravillosa visión de ese mundo que forman los Estados Unidos de Norteamérica \$ 500

LO QUE SUPO UN AUDITOR DE GUERRA

Por Leonidas Bravo (2.a edición)

Un libro verdaderamente sensacional cuya primera edición se agotara en un mes. La historia de los complots y conspiraciones de los últimos 20 años, hecha por quien como funcionario de la Justicia Militar, de la que se retiró con el

cargo de Auditor General, pudo conocer todos los antecedentes y entretelones de esos acontecimientos. Esta segunda edición revisada contiene un nuevo capítulo sobre el proceso de la "Línea Recta" \$ 400

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.

AHUMADA 57 — TELEFONO 63121 — CASILLA 3126

SANTIAGO DE CHILE